



EL MOTÍN



Año XXXIII

Madrid, Jueves 20 de Febrero de 1913.

Núm. 8.

La lámina de hoy

¿Véis esos nueve hombres que la llenan?

Pues el uno, el brigadier Villacampa, murió en el presidio de Melilla.

El otro, el capitán Mangado, fué asesinado en Navarra.

El otro, el comandante Ferrándiz, fué fusilado en Girona.

El otro, el teniente Bellés, murió á su lado.

El otro, el teniente Cebrián, fué asesinado por la espalda, dirigiendo las fuerzas sublevadas en la provincia de Burgos.

Y los otros cuatro, sargentos Alonso Llorente, Guerrero Martín, Cano García y Gómez Sedano, fueron fusilados en Santo Domingo de la Calzada.

Todos por no creer que las formas de gobierno son accidentales, como predica el Sr. Alvarez, ni que, siendo republicanos, podían entrar en Palacio por la misma puerta que ha entrado el Sr. Azcárate.

Errores de criterio ó apreciación que pagaron con la vida.

Si en el momento mismo de expirar hubiese cruzado ante sus ya turbios ojos, como visión profética, la silueta de Azcárate al traspasar el dintel del Palacio Real, ó llegado á sus oídos el eco de los vivas al Rey lanzados por Alvarez, y coreados por republicanos, hubieran caído en tierra dudando de si se habían sacrificado por una causa justa, ó si habían sido simplemente unos imbéciles.

Acuse de recibo

El Sr. Alvarez, en el discurso que pronunció al final del banquete del 11 de Febrero en el Hotel Inglés, intercaló estos párrafos:

«La visita de nuestro maestro, de este venerable repúblico, de nuestro gufa, del Sr. Azcárate á Palacio, ha sido recibida con júbilo, digámoslo con toda franqueza, por el país liberal y democrático, aunque la hayan criticado esos pseudocatones que pasaron su vida entregados á injuriar y difamar los más sólidos prestigios, los hombres más puros del republicanismo.

«Víctimas de esta crítica malsana fueron las figuras venerables de Pi y de Salmerón, de Ruiz Zorrilla y Castelar. (Ovación.)

«De estos maldicientes profesionales no quiero hablar; pero debo confesar ante todos vosotros que me causan honda repugnancia. Hay que hacerles saber que Azcárate merece el respeto de todos sus correligionarios, como yo os digo que el partido republicano reformista aplaude lo que ha hecho.»

Acuso recibo al Sr. Alvarez de esos párrafos que me ha dedicado, y comienzo á tratar el punto puesto hoy á discusión: la ida de Azcárate á Palacio y el ¡Viva el Rey! de Alvarez.

El precursor de Alvarez

Lo fué aquel cómico malo de los tiempos de Fernando VII, que al ver que se le iba encima la silba, se adelantaba hacia las candilejas y gritaba con voz exténtorea: ¡viva el rey absoluto!, para que el público no tuviera más remedio que aplaudir.

Eso hizo Alvarez en su discurso: sospechando que podía haberse deslizado entre los concurrentes algún iconoclasta, se previno con el pararrayos de la adulación á los partidarios que había allí de los antiguos jefes republicanos, sin advertir que era él quien los difamaba al lanzar sus nombres en una fiesta preparada para disculpar visitas de republicanos á Palacio y vivas dados al Rey.

¡Qué profanación tan horrible la cometida por el señor Alvarez, al tratar de ampararse tras los nombres de Pi, Salmerón y Zorrilla en un salón donde se aspiraban miasmas monárquicos!

¡Qué escarnio tan atroz á la memoria de aquel Ruiz Zorrilla, que se pasó lo mejor de su vida en el destierro combatiendo la Monarquía, y que le hubiese bastado transigir, para haber vuelto á ser presidente del Consejo de Ministros!

¡Y de aquel Pi y Margall, que pronunció aquel soberbio discurso en el Congreso contra el rey Alfonso XII, discurso que elogé cual merecía en un artículo que he reproducido en el número 4 de este año!

¡Y de aquel Salmerón, que al oír, ¡viva el Rey! al terminar las legislaturas en el Congreso, se levantaba majestuosamente, y con ademán solemne y los brazos en alto, lanzaba un ¡viva la República! con voz llena, vibrante, apocalíptica!

Lo que hizo Alvarez, eso sí que fué difamar, maldecir, escarnecer la memoria de los varones aquellos, que jamás pudieron sospechar que nadie pudiese, por osado, procaz é insolente que fuera, pretender amparar con sus nombres á quienes visitan los Palacios reales diciéndose republicanos, victorean al Rey, y forman partidos para entregarlos, *si no hoy, mañana*, á la Monarquía.

Patria y republicanismo

La patria no es sólo el suelo en que nacemos, regado con las lágrimas de nues-

tras madres y santificado con el sudor y la sangre de nuestros padres.

Es la suma de afectos, de sentimientos, de creencias, de recuerdos; de lazos que ata el cariño y aprieta la desgracia.

Es el conjunto de hechos que forman la Historia, de los cuales nos envanece-mos, y que nos permiten evocar las sombras augustas de nuestros hombres ilus-tres y vivir de su vida.

Es el aire, que tiene un perfume especial; el sol, que despide una luz distinta; los frutos de la tierra, más dulces y aromáticos que los de ninguna.

Es el núcleo de costumbres, de usos, de aspiraciones comunes, de penas comunes también.

Y es, sobre todo, el lenguaje que nos enseñó la que nos dió el sér y poetizó después la mujer amada.

Sí, todo esto es la patria.

Y por ser todo eso, el que la traiciona ó la vende, traiciona y vende lo que es común á todos, y es maldecido y execrado por los siglos de los siglos, como don Opas y el conde don Julián.

De igual manera, el republicanismo no es éste ni aquél programa, ni ésta ó aquella fracción, ni éste ó aquél jefe.

Es el conjunto de esperanzas y deseos compartidos; de inquietudes y penas soportadas.

Es la suma de abnegaciones y sacrificios hechos; de heridos y muertos en la lucha; de existencias consumidas en la desgracia; de energías aflojadas por la miseria.

Es el periodista preso, el sublevado fugitivo, el militar separado de su carrera por sospechoso, el emigrado hambriento...

Es la inteligencia dedicada á difundir ideas que aseguren el porvenir de la patria; el corazón entregado todo entero á los desheredados; la renuncia de todo lo personal en las aras de lo colectivo.

Es el obrero despedido del trabajo por no votar á quien su amo le ordena; el ciudadano multado por el juez por no descubrirse al paso de una procesión.

Es el niño rechazado de la escuela por no estar bautizado; la mujer vilipendiada por haberse casado civilmente; el cadáver insepulto días y días por no haber muerto en la comunión católica.

Y por ser todo esto, el que vende ó traiciona el republicanismo, vende y traiciona lo que no es suyo, lo que pertenece á todos.

Y cualquier republicano, el más humilde, el más desconocido, tiene derecho á gritar al que lo haga, así sea el más alto y el que valga más:

«¡Es usted un miserable, cúbrase con la

máscara que se cubra, porque ha dispuesto usted de lo que no le pertenecía!»

Los respetos

Dijo el Sr. Alvarez en su discurso, que el Sr. Azcárate merece toda clase de respetos.

¿Como republicano? Lo niego. Jamás hizo nada en favor del partido. Pero voy á admitirlo para argumentar:

Lo primero que necesita todo hombre para exigir que los demás lo respeten, es respetarse él; y el Sr. Azcárate se olvidó de sí mismo al ir á Palacio.

Y se olvidó también de los respetos que merece la sagrada memoria de los nueve hombres que figuran en la lámina de hoy.

Y de los que merece la de los 104 jefes y oficiales sublevados el 83 en Badajoz, y de los cuales dos han muerto locos, once se han suicidado, unos cincuenta han acabado en los hospitales, y el resto anda disperso por España, olvidados, abandonados, sufriendo las vergüenzas y las ignominias anejas á la miseria.

Y de los que merece la de los sublevados en Madrid con Villacampa, que, poco más ó menos, han venido á sufrir la misma suerte que los de Badajoz.

Y de los que merece la de los jefes del republicanismo, Pi, Zorrilla y Salmerón, que murieron sin sospechar siquiera que pudiese nunca ningún republicano ir á Palacio ni dar vivas al Rey.

Y de los que merecen todos cuantos en la emigración han contado las horas por las angustias; y los que en España han caído silenciosamente abatidos por el infortunio; y los huérfanos y las viudas de los que murieron sin abdicar de sus convicciones.

Y de los que merecen los hombres que, por conservarse fieles, leales y dignos, se ven postergados en sus carreras, perjudicados en sus negocios, arruinados en sus industrias, faltos de trabajo...

Y de los que merecen aquellos otros que se han ido á lejanas tierras, por no poder alimentarse en la suya, y que esperan verla redimida por la República para retornar á ella.

Todas esas convicciones, esas glorias y esas desventuras pisoteó el Sr. Azcárate al poner el pie en el primer peldaño de las escaleras de Palacio, y á todos esos respetos faltó.

Y el hombre que obra así, no tiene derecho á exigir que nadie le guarde respeto alguno.

Con franqueza

Vamos á ver, Sr. Alvarez:

Si cuando usted se decidió por fin á formar el partido que soñaba, y que piensa llevar entero á la Monarquía (propósito que no conseguirá ver realizado, porque muchos de los que se han unido á usted creyéndole republicano, lo aban-

donarán en cuanto se declare monárquico claramente), me hubiese yo cobijado bajo eso que usted llama enfáticamente su bandera, ¿qué apostamos á que me dedica usted un párrafo más encomiástico que el que ha disparado al Sabio Maestro digno de todos los respetos?

Como usted siempre va á lo que le interesa, hubiese visto en mí lo que soy: un hombre de voluntad, que cuando toma con empeño la defensa de una idea por creerla beneficiosa para la República, lo mismo tiene á raya á los enemigos de Ruiz Zorrilla durante años, que se impone en la Coalición de la Prensa, que inicia y hace triunfar la Fusión, que inicia y realiza la Unión, que hace jefe al hombre más arrinconado por aquel entonces en el partido republicano.

¿Verdad, Sr. Alvarez, que le hubieran parecido pocos y flojos cuantos elogios de mí hubiera hecho?...

Y me fundo para creerlo así, en que usted las gasta de ese modo cuando se pone a elogiar ó difamar con la mira puesta en algún provecho.

¡Porque envidado si elogió usted á Canalejas cuando lo del bloque! ¡Porque cuidado si lo deprimió al verle en el poder!

Momentos hubo en que temí perder para siempre mi bien cimentada fama de maldiciente profesional y de difamador perpetuo, al ver las cosas que usted le dijo.

Afortunadamente se distrajo usted con la formación del partido que hoy acaudilla, y dejó en paz á Canalejas y se puso á difamar indirectamente á Lerroux.

Otro diría cobardemente. Yo no lo digo, porque no vaya usted á disputarme la fama de difamador, cosa tan fácil para usted como la de contradecirse veinte veces en un discurso.

Es usted en estas lides de la difamación; un enemigo formidable; mientras yo, pese á la fama que los imbéciles me dan, no he sido en este punto más que un desvirgador de preñadas.

El historiador que no quiera faltar á la verdad, dirá mañana al ocuparse del republicanismo de usted:

«Comenzó el Sr. Alvarez difamando al Sr. Pedregal, continuó difamando é insultando al Pueblo, y acabó difamando á Lerroux en vísperas de pasarse á la Monarquía.»

Y va de cuento

Si el Sr. Azcárate hubiese dicho lo que se le atribuye, «de que el Rey no le indicó siquiera que dejase de ser republicano», demostraría no estar al corriente aún de las prácticas cortesanas, é ignorar que los reyes están bien educados. ¿O creyó que lo llamaba para decirle á las primeras de cambio: «Sr. Azcárate: ¿por qué no se viene usted á la Monarquía?» Yo, de hallarme en su caso, hubiera creído faltar al respeto al Rey, solamente con que se me hubiera ocurrido que á él podía ocurrírsele tal pregunta.

Por cierto que esto me recuerda un cuentecillo que oí de muchacho.

Erase un vanidoso de pueblo, que se le echaba de tener íntimas relaciones con la familia real en tiempos de doña Isabel II, y que vino á Madrid para no sé qué asunto.

Al ser interrogado á la vuelta, dijo que al apearse del tren se fué derecho á Palacio; que la reina había dado orden á aquel día de que no permitieran absolutamente á nadie la entrada en su habitación; que al llegar se lo dijo una criada, y que él le contestó: «dígame usted á Isabel, que está aquí Fulano»; que obedeció la criada, y al momento salió D. Isabel con D. Francisco de Asís, y echándole los brazos al cuello, le dijo: «¿Cómo! ¿Tú por aquí?... ¡Pasa, hombre, pasa!... ¿Has tomado algo?... ¿No? Anda, Paco; dile á la cocinera que le fría á éste un par de huevos.»

Y á este tenor refirió en su pueblo otra porción de incidentes para demostrar a sus paisanos la confianza que tenía con las reales personas, y lo bien enterado que estaba de las costumbres cortesanas.

Y colorín colorado.

Guanto antes

¡Me hace una gracia cada vez que oigo decir al Sr. Alvarez que él, como aspira á gobernar!...

Nada, que ha tomado en serio la frasecilla el hombre.

Yo no digo que no gobierne: Martos, Abarzuza, Alvarado, Rodríguez de la Borbolla y otros muchos desertores de la República, con la Monarquía han gobernado; ¿por qué no ha de gobernar él? Talento y desaprensión y audacia le sobran para ello.

Con la República, ya sería otro cantar, si viniera como debe venir: impuesta por el empuje del Pueblo. Pues no es creíble que éste se olvidara de que mientras sobre él pesaban con pesadumbre angustiosa todos los males inherentes al régimen, el Sr. Alvarez lo insultaba gritando entusiasmado: ¡viva el Rey!

Sólo viniendo de otro modo, pacíficamente, podría satisfacer el Sr. Alvarez su fervoroso anhelo durante los tres ó cuatro meses que tardaría en ser barrida por la revolución ó por los monárquicos.

Aproveche, pues, la ocasión, y váyase cuanto antes á donde sus aficiones lo lleven.

Lo que se ha de empeñar, se vende.

Darnos la razón

Dijo el Sr. Alvarez en su discurso, que el país liberal y democrata ha recibido con júbilo la noticia de haber ido á Palacio el Sr. Azcárate.

Esto es sencillamente darnos la razón á quienes lo censuramos.

Si á los liberales y demócratas que hoy están en el poder les parece bien lo que

han hecho, ¿cómo no ha de parecernos mal á los republicanos?

Si no estuviese tan obsesionado por su afán de gobernar, sería cosa de aconsejarle que leyera la fábula del oso que, al verse censurado por la mona y alabado por el cerdo como bailarín, exclamó filosóficamente:

«Cuando me desaprobaba la mona, llegué á dudar; ahora que el cerdo me alaba, muy mal debo de bailar.»

Verse alabado por los monárquicos y censurado por los republicanos, debería hacer pensar al Sr. Alvarez, en que el oso aquel era un sabio, (no Azcárate).

Y vaya, hablemos claro

Hay unos hombres de bien en este nuestro arrabal, que de todo dicen mal.

Y dicen bien.

Esto, (de Góngora creo) pudiera yo con perfectísimo derecho ponerlo por lema en mi escudo político.

Y cuando cualquier Alvarez me echase en cara si dije ó no dije, ó si digo ó no digo de los que dirigieron ó dirigen el partido republicano, debería yo contestarle:

Cuarenta años de rencillas, de enconos, de odios y de desunión, mientras las Colonias se perdían, el país se arruinaba, el clericalismo se imponía, los fuertes emigraban y sucumbían los débiles;

Cuarenta años de promesas incumplidas, de esperanzas fallidas, de plazos renovados, de engaños continuos;

Cuarenta años de discurso, de banqueteo, de recepciones, de vivas, de votar diputados, senadores, concejales, diputados provinciales, presidentes de comité...

Prueban, testifican y certifican que yo no hubiera podido injuriar ni difamar á ningún jefe, aunque lo hubiera pretendido, porque sus actos eran los que se encargaban de injuriarlos y de difamarlos.

Otro aspecto de la cuestión.

¿Es difamar ni injuriar decir honradamente y cara á cara lo que se piensa de un hombre político? ¿Sí? Entonces acepto los calificativos, para proclamarme orgulloosamente el primer difamador é injuriador de España.

¿Lo es el chismear con los amigos y partidarios, hacer alusiones insidiosas y dirigir ataques velados en público á éste ó aquél correligionario. ¿Sí? Entonces se los endoso al Sr. Alvarez; á ese que vino expresamente de Asturias el año 1889 á difamar políticamente al Sr. Pedregal en la Asamblea celebrada por la Coalición de la Prensa, y que hoy ha echado los cimientos de su fracción, difamando al señor Lerroux y otras personalidades de su partido.

Menudencias

El día 11 de Febrero de 1873, los monárquicos gritaban en el Congreso:

¡Viva la República!

En 1913, ¡á los cuarenta años! muchos republicanos gritan:

¡Viva el Rey!

En el camino recorrido por el republicanismo desde la primera fecha á la segunda, hay rastros de sangre, arroyos de lágrimas, víctimas del hambre y de la miseria, fusilados, desterrados, muertos en presidios y hospitales...

Pero eso ¿qué les importa á los que ponen siempre el ideal al diapason de su conveniencia?

¿En qué se diferencian Maura y Alvarez?

En sus relaciones con la Corona, en nada.

El primero se retiró de la política en cuanto vió que no hacía lo que él deseaba; y el segundo la amenaza con sublevarse ¡horror!, en cuanto no haga lo que él quiere.

Maura, al ver que la Corona no se preocupaba gran cosa de su actitud, cantó la gallina; confiemos en que Alvarez la cantará también cuanto se encuentre en el mismo caso.

Los Sres. Azcárate y Alvarez no se han enterado todavía de que el partido republicano, aun lamentando su prevista y esperada separación, no va á ponerse luto porque ellos se vayan á la Monarquía.

Lo que si les agradecería, es que no pretendieran, mientras preparan la maleta, continuar galleando entre nosotros, ni dando patentes de nada, habiendo tomado la de corso para navegar libremente por todas las aguas.

Y bien mirado, los republicanos deberíamos desear que se marcharan cuanto antes á la Monarquía los tantas veces nombrados señores.

Algunas veces los apóstatas salvan la Institución á que se arriman: sin San Pablo, no sabemos que habría sido del cristianismo. Pero otras ocurre lo contrario.

Y en estos últimos tiempos, tenemos dos pruebas de ello: la Monarquía secular acabó en España gobernando un antiguo demagogo: González Bravo; y el imperio francés, siendo primer ministro un ex republicano: Olivier.

Por esto digo que nos convendría que se fueran cuanto antes.

El desprecio y el odio que los apóstatas inspiran, se suman siempre á las antipatías del régimen que los acoge.

Si estando mañana establecida la República, el Presidente llamase á Maura para consultar con él los asuntos políticos, y al obispo para pedirle su opinión sobre los religiosos, habría que oírnos á los republicanos. De seguro que nos cisábamos cien veces en el acreditado relán: «del enemigo el consejo.»

Y, sin embargo, hay ahora entre nosotros algunos que disculpan la visita de Azcárate á Palacio.

Siempre lo mismo: Justicia y no por mi casa.

Sin preceder una revolución, la República en España sería una gran calamidad.

Es tan tupida la trama formada por los intereses creados bajo la base del privilegio y la injusticia, que no habría manera de romperla por el solo ministerio de la ley. Por esto jamás defendí la evolución.

Los que citan el ejemplo de Inglaterra obran de mala fe. Sin la revolución que hizo en el siglo XVII, no podría hoy implantar pacíficamente las reformas que reclaman los tiempos.

El Sr. Azcárate ha dicho sentenciosamente, como lo dice todo:

«Hay que ser más tolerante con los adversarios, que con los afines».

La sentencia no tiene novedad maldita. ¡Sin años que la llevo yo practicando!

Por esto he combatido al sabio señor, lo mismo cuando ayudaba á Maura, que cuando no iba á la manifestación de Sol y Ortega, que cuando salía diputado por votos monárquicos, que cuando... (aquí doscientas etcéteras).

Podría yo publicar un par de años EL MOTIN sin agarrar la pluma. Colección á mano, esgrima de tijera y número hecho. Y que parecerían los trabajos acabaditos de hacer: tan poca variación hay entre lo sucedido ayer y lo que ocurre hoy.

Todo esto lo digo, para indicar á mis lectores que se fijen bien en los *fiambres* que sirvo en este número, especialmente los que se refieren al señor *Viva el Rey*

JOSE NAKENS

LA CRUZ ROJA REPUBLICANA

Hasta hoy lunes, solamente ha llegado á mis manos la aceptación de uno de los amigos á quienes indiqué para crearla: el Sr. Niembro.

He aquí la carta que me dirige:

Madrid 16 de Febrero de 1913.

Sr. D. José Nakens.

Mi querido y respetado amigo: Estimo mucho, agradezco profundamente el que usted me haya indicado para formar parte, con prestigiosos amigos, de la organización de esa humanitaria Sociedad que propone, y que creo, como usted, que puede valer mucho á los nuestros, á los rebeldes, á los desgraciados que dan la cara, que caen y caerán todos los días en esas tupidas y malditas leyes de excepción, sin otra defensa, sin más esperanzas que el *auxilio vergonzoso* que recibió, entre otros muchos, nuestro llorado é inmortal amigo Fermín Salvochea, en sus repetidas persecuciones y en sus dieciséis años de presidio.

Sí, querido D. José: hay que pensar en que serán, ó seremos, muchos los que caigamos, por conservar una consecuencia que no venderemos jamás, en las redes de ese poder que nos roba los dere-

chos individuales y la libertad de nuestros viejos y gloriosos municipios.

Yo acepto desde luego ese cargo, con la condicional de que hagan lo propio esos esclarecidos correligionarios; sintiendo no poder aportar hoy á esa hermosa institución más que una gran voluntad.

Gracias por su cariñosa atención y conste que yo voy con usted á todas partes.

Le quiere su amigo.

P. NIEMBRO

16 Febrero 1913.

Suscripción "Cruz Roja"

	Pesetas.
Suma anterior.....	250
Gabino Garabis, (Salamanca).	5'00
Manuel García, (Valencia)...	250
José Alonso, (Astorga).....	5'00
Farías Escribá, (Corral Rubio).	1'00
Andrés Roca, (Madrid).....	5'00
Juan Benito Fernández, (Idem).	0'15
Mariano Maté, 0'50.—Teodoro García, 2'00.—Venancio Escudero, 0'50.—Manuel Mayo, 0'50.—Francisco Ribero, 0'50.—Francisco López, 0'50.—Marcelino González, 0'50.—Pedro Pariente, 0'50.—José Reijas 0'50.—Emilio Lobo, 0'50.—Alvaro Cebrian, 0'50.—Genaro Parreño, 0'50.—José Díaz, 0'50.—Eusebio Gómez, 0'50.—José Solares, 1'00.—Timo-teo García, 0'50. (Todos de Madrid).....	10'00
José Alius (Sevilla).....	5
Francisco Begines (Villafranca y los Palacios).....	60
Suma y sigue.....	531'75

El atentado contra mi matrimonio

¿Que infamia se prepara?
¿Que vergüenza nos espera?
(El País del 6 de Febrero).

—¿Qué infamia, quiere saber *El País*? Esa, sencillamente; la infamia de anular en nombre del Dios oficial de España, de la Constitución vigente, del Código civil y del concordato, un manitrimonio proclamado válido por el resto del mundo, y puesto bajo la tutela de un estado legalmente constituido.

Esa, sencillamente, es, á saber: que mientras mil causas se apolillan en los estantes de las oficinas por falta de tiempo y de personal; mientras en el Ministerio de Gracia y Justicia espera un «sí» ó un «no» un expediente del año 1906 recomendado por Canalejas y Romanones, sin haber logrado esa palabreja; en cambio, los ministros de Estado y Gracia y

Justicia, con toda la escala de fiscales, se dan prisa á llenar pliegos y más pliegos, y á revolver cielo y tierra para «anular» lo que ellos se hicieron el tonto en «validar».

Esas infamias, y además otras peores, á saber: Que estas infamias se cometan en las barbas de los republicanos y anticlericales que viven del oficio y que hicieron juramento de impedirlos y que nada han hecho ni harán para desalojar al enemigo de este reducto donde se halla agazapado.

Y esta otra, á saber: Que las infamias así cometidas por el concordato entre la monarquía y la Santa Sede, y entre ambas y los jefes republicanos, se realicen ante el devoto y religioso silencio de la prensa que en España monopoliza el eco de la conciencia liberal.

—¿Qué vergüenza nos espera? A mi, ninguna. El día que el Tribunal Supremo confirme la sentencia declarando definitivamente nulo mi matrimonio, yo saldré á la frontera y rasgaré todos los documentos de mi nacionalidad renegando de ella hasta tanto que se capacite para ser «patria de hombres» con respeto al derecho humano.

Y con mi esposa y mi hija me iré por el mundo, proclamando esas «infamias»; adquiriré nacionalidad italiana; tomaré el piso más próximo á las habitaciones del Papa, y... de ciudadano á ciudadano romano, le forzaré á reconocer, como italiano, la validez de un matrimonio que no habré podido defender como español.

Y desde allí escribiré á los de esta tierra:

«Ahí tenéis: España escupidera del Vaticano. Me hicisteis escupidera de España... y os habéis quedado sin escupidera...»

Y cuando oiga hablar de Prensa liberal española y de políticos españoles liberales, diré á quienes me quieran oír:

¡¡Farsantes!!

Y para que este calificativo no alcance á *El País* en aquella hora, le invito á publicar estas líneas, que (¡me parece!) son cierto rechazo de complicidad con la «infamia que se prepara» y un paraguas para «la vergüenza que nos espera.»

Dispense el querido colega lo duro que pudiese hallar en el escrito, Joaquín Costa lo haría mejor, pero en el mismo tono. ¿Para cuál otra ocasión podría guardar las imprecaciones?...

Sírvales de excusa el conocimiento previo que tengo de que nadie hará caso de ellas... y ésta es la madre de todas las infamias y de todas las vergüenzas.

S. PEY ORDEIX

El Radical ha copiado el precedente artículo, publicado en *El País*, poniéndole, entre otros, los siguientes comentarios:

«Ante todo séanos permitido expresar nuestro sentimiento porque el Sr. Pey no haya puntualizado á qué republicanos, á qué anticlericales *del oficio* (¿), y á qué jefes se refiere, porque hay fagots y fagots, como dicen los franceses; no somos todos iguales, por desgracia, y conviene distinguir en esos casos.»

«Esto equivale á declarar descaradamente que esta nación se pone de propósito fuera del derecho internacional vigente. fuera del concierto de los pueblos civilizados; se confiesa mediatizada, esclavizada, y anuncia que lo arrastrará todo, el desprecio universal, la chacota del mundo entero, hasta la ruina, con tal de estar bien con Roma.

Ya nadie ignora este deshonesto prejuicio, que durará mientras la restauración aliente; que es consubstancial con ella, y en el que se mostrará siempre irreductible, con Maura ó con Canalejas y Romanones; con Besada ó con Melquiades Alvarez, si formara ministerio. De ese prejuicio nace la conducta que se observa con el señor Pey, cuyo casamiento desde luego lo prevemos, será anulado en el Supremo, donde la reacción tiene el mismo valimiento que en las demás esferas oficiales.

Culpa la cabe á la Prensa más ó menos liberal, y si se quiere, á una parte de la republicana; á toda no, porque viéndose en gran minoría y objeto de la táctica del silencio para lo que escriba, inútilmente clamaría y á veces lo hace contra esa injusticia. Hay cosas que, dada nuestra situación, ó las realiza la Prensa entera liberal de acuerdo, ó nadie.»

La mezquindad del indulto

No indultan al protestante

Ahora salimos con la cantinela de que el marino protestante del Ferrol no disfrutará los beneficios del indulto que especialmente se había decretado para él á instancias de sus correligionarios.

Era lo que nos quedaba que oír y saber; pero así ocurre en efecto, gracias á la influencia malvada y sañuda de esas hienas, llamadas neos, que no habiendo logrado, como lo procuraban, que el indulto general no se decretara, laboran en la sombra para que no alcance á los sentenciados que ellos designen y son objeto de sus odios implacables.

El soldado protestante fué condenado á seis meses de prisión, de los que al ser indultado había cumplido ya cuatro. Nosotros, en su lugar, habríamos rechazado la gracia, por no tener que agradecer cosa alguna á un Estado esclavo del Papa, á gobiernos ilusorios, que son ellos los gobernados desde Roma y una vergüenza, una ignominia en toda Europa: al fin para dos meses...

Y el resultado va á ser el mismo; esos dos meses los pasará en la cárcel; cumplirá su condena el infeliz embaucado por esos farsantes pastores tan odiosos como los curas nuestros; cumplirá y, sin embargo, constará que lo han indultado; ¡horrible, asqueante y sublevante sarcasmo!

¡Ah, neos!, aunque, llegado el día de la justicia, el pueblo la hiciera en vosotros por su mano todo lo tremenda imaginable, no pagaríais la décima parte de vuestros cobardes y repugnantes crímenes... habéis hecho muchas y muy gordas, fiados en que el pueblo español no tiene memoria y no sabe odiar: por eso vivís y triunfáis, ya veremos hasta cuándo.

Y ¿cómo es que ese militar indultado no gozará del indulto? Por tiquis miquis del expedienteo, que los clericales aprovechan. He aquí el caso, explicado por nues-

tro querido colega *El País*, que se refiere á un informe de *El Liberal*:

«*El Liberal*, en su número de ayer, después de preguntar ¿quién manda en el hospital del Ferrol?, escribe:

«El día 6 de los corrientes intentó visitarle un caballero inglés, amigo nuestro, y he aquí lo que pasó, según él mismo nos comunica:

«En manera alguna me querían permitir que le viera, á pesar de ser día de visita, é inventaron tantos fútiles pretextos para impedirlo, que nos vimos obligados á acudir al capitán general y á darle cuenta del caso. Amablemente nos facilitó un permiso oficial; volvimos enseguida al Hospital, y ya entonces no nos pusieron obstáculo alguno, y pudimos conversar durante una hora.

No termina aquí el asunto. Al día siguiente, una de las monjas dijo al médico: «De doce años acá no entraban en el Hospital hombres como esos que entraron ayer. No comprendo que se les haya dado permiso. Eso no puede ser.»

El mismo día fué alta el marinero, y tuvo que volver á la prisión militar.

Ahora está pendiente el indulto de que lo pida un miembro de la familia.

Si el expediente del indulto no se tramita con la debida rapidez, el indulto vendrá cuando ya el marinero haya cumplido su condena de seis meses de prisión.»

Y lleva cumplidos cuatro meses. ¿A qué tanto esperar? ¿Se quiere que el noble marino cumpla la condena?»

Sí, colega, eso es lo que se quiere y lo que se hará, porque á la pregunta de *El Liberal* ¿quién manda...? se puede contestar: Aquí no manda nadie, en región alguna, más que las gentes del Papa: en el hospital, las hermanas de la Caridad... para ellas solas, que han despedido al soldado enfermo, aún no curado, para que no inficione con su presencia el hospital, y puede que consigan el relevo del capitán general que concedió el permiso al inglés para visitar al soldado: se dan casos.

Así nos miran todas las naciones como un pueblo de bestias salvajes.

Se han lucido los protestantes, sí; que continúen aprobando persecuciones como la de Ferrer, y gestiones de los obispos católicos contra las escuelas laicas; que sigan tan respetuosos y medrosos, tan inactivos y benévolos con la Iglesia romana, y aconsejen á sus fieles que no visiten á Naken en la cárcel y que no lean *El País*, *El Morín*, *España Nueva* y *El Radical*; que abominen de los republicanos; sí, sí; ya verán el pago de la Iglesia.

Por supuesto que aquí, para inter nos, les importa un comino de ese pobre militar, que por ellos se ha sacrificado; el reclamo, ya se lo hizo: ahora, que reviente, por simple; ¿no es eso camándulas evangélicas? ¡Vaya si es!, que os conocemos.

¿Y de ña Rosario de Acuña?

Tan buena, gracias, en Portugal, porque los neos no quieren que la comprenda el indulto y no la comprenderá: lo que debe hacer es desterrarse ella para siempre de una nación tan libre, tan humanitaria y tan justa como la nuestra.

El Juzgado de Barcelona aún no ha sobreseído la causa de doña Rosario, ni parece que sobreseerá, con pretexto de otros tiquis miquis jurídicos, que sólo para esa señora rigen; éstas son nuestras noticias.

¡Cuánta mezquindad para la gracia y

qué saña, qué dureza para la persecución! Cuando se trata de ella, se prescinde de la ley; cuando, por no irritar al pueblo, se fingen indultos, en la ley se encuentran los medios de que no surtan efecto.

Aquí todo el mundo nos dice: Doña Rosario está comprendida en el indulto; puede venir á España sin temor. El último decreto aclaratorio confirma esta opinión, que es la de Menéndez Pallarés y de otros muchos jurisconsultos notables.

Lo será; pero en Barcelona no sobreseen, el auto de prisión sigue firme, y en Gijón el neo Guisasola continúa atisbando la casa de doña Rosario con el piadoso fin de prender á ésta en cuanto llegue fiada en el indulto; y si la encarcelan, prisión tendrá para años: ella lo sabe y también nosotros. Así da gusto.

¡Oh que patria ésta!

¡Oh, que buen país!

¡Y cuán sinceramente entra, del brazo de Romanones, la Restauración en el camino de las libertades... reaccionarias!

¡Oh, la azcaratada!

F.

El Radical

Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto á la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada hace tiempo.

Precio: UNA PESETA

La farsa

Un inválido quería comer higos; se encontró con un apuesto y ágil jovenzuelo, sentimental y romántico por añadidura, y le comunicó sus deseos...

El joven.—¿Con que quiere usted comer higos tiernos y no puede cogerlos por su defecto físico? Pues no hay que apurarse por tan poca cosa. Dígame usted dónde hay una buena higuera y cuente con mi agilidad; y por lo tanto con los me ores higos.

El inválido.—Gracias, muchacho, gracias. Pero es el caso que para mí las desgracias siempre son múltiples. Quiero decir, que como estas picharas piernas no me permiten hacer excursiones, ignoro dónde haya una higuera que pueda satisfacerme a los dos. ¡Soy muy desgraciado! (*El lisiado derrama algunas lágrimas...*)

El joven.—¡Pero qué es eso! ¿Llora usted por no saber los buenos rinconcillos del término? Yo sé de un sitio delicioso donde junto á una fuente de agua cristalina que corre por estrecho cauce y salta en cascadas produciendo susurros que parecen el chocar constante de fina pedería, yérguese majestuosa y scherbía higuera de fruto abundante y sabroso. Iremos allí.

El inválido.—(Para sí. *El joven es poeta, es cándido, es bueno. Yo comeré higos. Como afectado.*) Eres un zagal noble, generoso y delicado; pero ni eso te vale.

A los pobres como yo no se les puede servir sino á costa de sacrificios que las gentes no están obligadas á hacer, y que, aunque lo estuvieran, yo los rechazaría; pues no es justo que los inútiles seamos rémora de la bella y bondadosa audacia que parece ser el fondo de tu carácter. ¡Vete tú solo y goza á tus anchas! Pródiga es la tierra para los jóvenes; no te detengas ante esta miserable ruina física que constituye mi peracna. Tú y yo juntos no llegaríamos nunca si el paraje está lejos.

El joven.—Lejos está; mas y á fuer de hombre forzado os prometo que conmigo vendréis á comer higos; que no fuera yo la honra del pueblo y el orgullo de mis ancianos padres si os prodigara las ternuras de mi corazón y os negara la dura resistencia de mi ancha espalda.

Y el cojo subió sobre el joven, y éste lo llevó al sitio delicioso donde la higuera se ergula majestuosa, y ya allí, fué el joven quien subió al árbol... El pobre inválido le contaba sus penas sin par, ahuecando la voz. Triste era en efecto la negra historia; pero el joven, henchido de piadosa simpatía por el lisiado, sentíase impulsado á subir á las más elevadas ramas para procurarle los más sabrosos higos.

Los higos se acabaron. El joven ni siquiera tuvo la precaución de reservarse algunos. Y cuando vió correr como un gamo, ante la presencia del guarda, al farsante que tan bien había sabido disimular, ni siquiera tuvo alientos para vengarse y se quedó en la higuera.

Como el Pueblo...

El Progreso.

Santa Cruz de Tenerife.

El odioso privilegio

¿Y por qué?—me pregunto yo, al saber que la ley continúa sancionando la exención del servicio militar á los aprendices de fraile.

Si el exponer la vida por la patria es un deber, ellos, primero que nadie, están obligados á cumplirle, puesto que la ejemplaridad está mayormente indicada en las personas que se arrojan la dirección de las conciencias.

Si es virtud, ellos especialmente, necesitan adquirirla y practicarla, para enriquecer su espíritu dignamente con tan preciado tesoro.

Si es valentía, ¿quién como ellos la precisa, pues que han de templar su alma en la lucha para ir por el mundo propagando la fe, sin miedo al peligro?

Si es obediencia, tienen que patentizarla con gustosa sumisión, puesto que hacen en sus votos profesión de humildad.

Si es abnegación, no cabe huirla, ni esquivar su ejercicio, que obras son amores, y el movimiento se demuestra andando.

Si es heroísmo, volviendo los ojos á la tragedia del Gólgota, veránse compellidos

á imitarla, poniéndose en condiciones de sufrimiento y dolor.

Pero ellos dirán que su vida es de paz, y desmentirán al maestro, que fué un luchador. Mas sentiránse belicosos cuando encuentren resistencia á su autoridad, y predicarán la guerra cuando vean amenazados sus intereses materiales, y exhortarán á la pelea en el momento que se les merme su influjo y bienestar.

Pedirán al Dios de los Ejércitos protección para el triunfo sangriento de unos hombres sobre otros; para el exterminio de una raza por otra; para saciar la codicia del poderoso ó el soberbio, contribuyendo así al escarnio de la debilidad.

Y afirmarán que su existencia es puramente contemplativa, y que ajenas les son las terrenas ambiciones; pero disputarán al proletario un puesto en la industria, y al comerciante su ganancia en la trasacción, y al maestro su lucro en la Pedagogía, al literato los premios en certámenes y concursos, al político el manejo de la cosa pública, al periodista la influencia en la opinión, al marido la intimidad espiritual de la esposa, al padre la orientación sentimental de la hija, al moribundo las postreras decisiones...

¡Leyes, leyes! ¡Armas de dos filos que defienden y ofenden á capricho. Si se os rechaza; se cae en delito de lesa patria; si se os acata, hay que decirle al pensamiento: «Calla amigo que tu lenguaje me abochorna... Eso de la lógica es un sueño para mejores tiempos»...

VIOLETA

Biblioteca de la luz

Fundarse muy pronto por el que esto escribe, y sólo publicará opúsculos de autores iberos peninsulares ó insulares que detesten las tinieblas; porque la concisión opuscular es, sin duda, muy propia para los vertiginosos días actuales.

El decir sentencioso de algunos inmortales griegos, latinos é ibero-romanos, es la cuna de oro del opusculismo.

El correlativismo articulista tantas veces usado por N. K. en su muy de veras regocijante MOTIN, no es otra cosa que un opusculismo en miniatura que no fatiga al lector jamás.

Romperá marcha, para valerme de esta muy gráfica frase militar, con estos opúsculos inéditos de su fundador: *¿Finis Hispaniae?*, *Cumbres libertadoras iberas*, *A través de Costa*, *¡Leed, trabajadores iberos!*, y con la segunda edición aumentada de su *¿Fué el cristianismo un progreso?*, y cuando su caja de caudales deje de ser tan sutil como el colchón que parecía colcha de que nos habla Cervantes en su regocijado *Quijote*, pediremos á mis queridos amigos *Demófilo*, *Nakens*, de Buen y *Sánchez Díaz*, estos, respectivamente: *Iberismo librepensador y pacifista*, *Iberismo antirreligioso*, *Naturalismo científico educativo* y *Aspiración de los trabajadores al bienestar*.

Yo espero que los lectores del antedi-

cho MOTIN que no se hayan olvidado de mí tan modesto nombre, algunas veces acogido benévolamente en sus columnas por su formidable director, verán con gusto la modestísima aparición de esa luz.

JOSE DE LA HERMIDA

Lamentaciones

11 DE FEBRERO

Hubo un tiempo en que la fecha de hoy llenaba de regocijo y de esperanzas los pechos republicanos. Esta efeméride de nuestra vida política encendía en nuestras memorias las luminarias de un hermoso recuerdo, amable sin comparaciones, como es amado sin límites el acontecimiento á que la recordación se refiere. En este día se juntaban antes casi todos los correligionarios de España, y en fiestas y comidas fraternales dedicaban á la primera República, muerta, himnos oratorios, brindis enardecidos que eran como cantos de salutación á la República venidera, siempre viva en el corazón de los republicanos por la convicción de su necesidad y por el valor perenne de sus esencias.

Hoy los republicanos no nos reunimos, para conmemorar la gloriosa fecha, ni en el número ni con el entusiasmo que antes lo hacíamos. Va este año á pasar el día de hoy sin que el republicanismo donostiarra celebre acto alguno de homenaje al 11 de Febrero, aparte la velada literaria organizada por la Juventud, de que damos noticia separada. En otras muchas poblaciones ocurre lo mismo, y, allí donde los correligionarios se congregan con este objeto, lo hacen sin gran aparato, modestamente, casi privadamente, como si sintieran una íntima vergüenza.

Este notorio cambio de conducta tiene su razón de ser. No indica que haya disminuído la fe y la confianza en la bondad y en la necesidad del triunfo de bellos ideales. Si así fuera, si la República no representase el anhelo nacional más extenso é intenso, hubiérase mermado la potencia de la masa republicana, que es cada vez mayor y más temida. Quiere decir ese cambio, contrariamente, que vamos dejando de ser ilusos, que conocemos la realidad y que nos apartamos de todo lo que es pura ficción ó huera palabrería para atenernos á lo práctico, á lo conveniente, á lo indispensable.

La masa republicana, afecta como las demás fuerzas sociales por el progreso indudable que se va operando en nuestro pueblo, tiene ahora mucha más conciencia que antes. Ha comprendido que no está nuestra salvación en las pomposas conmemoraciones del pasado, sino en la visión clara y certera del porvenir. Sabe que no ha de adelantarse el advenimiento de la segunda República con solemnes cantos funerales á la primera, sino con obras que lleven en sí el germen fecundante de la que ha de venir. Se da perfecta cuenta de que es enteramente baldío, por no decir algo más duro, el congregarse todos los años, en un mismo día, para llenar los estómagos de viandas y los refectorios de grandes parrafadas, mientras se tiene vacío por completo el espacio que en la cabeza está destinado á eso que se llama buen sentido.

Porque este es, y no otro, el defecto más culminante, el verdadero pecado capital de los republicanos. No tenemos sentido práctico, no tenemos instinto de defensa, cosa de la cual no carecen ni las más inferiores especies del mundo zoológico. Somos el factor más importante de la política nacional; somos el partido más numeroso; estamos tal vez capacitados como ningún otro para regir los destinos de España; tenemos abnegación y honradez, y patriotismo, y decencia pública, aunque otra cosa digan los que en esos aspectos de la individualidad se hallan muy por debajo de nosotros.

Pero todo eso no nos sirve de nada ó de muy poco, porque carecemos de buen sentido, del sentido de la realidad. Cerca de cuarenta años llevamos jugando como niños á una revolución tan sobrada de caudillos—al menos de nombre—como falta de medios; hablando de una fraternidad que, por no sentirla en los corazones, se contradice con la más lamentable frecuencia; preconizando una unión, una inteligencia que no se ve por ningún lado, que no puede verse mientras los que se dicen jefes se odian y se aran como no lo harían los más encarnizados enemigos.

Ni siquiera hemos querido aprovecharnos de la gran lección ofrecida por la experiencia. La República del 73. cayó por falta de capacidad en e pueblo, pero la hicieron aún más insostenible las diferencias de sus hombres, cuyas discordias fueron como la dinamita que hizo derrumbarse la institución republicana. A no ser por tales antagonismos, por aquel navajeo entre los distintos grupos, el pueblo, que es siempre dócil y abnegado, hubiérase cometido sin duda á las rectas orientaciones de un gobierno que era la encarnación de su propia soberanía.

El 11 de Febrero es, pues, para nosotros, y debe ser para todo buen republicano, más día de tristeza que de regocijo. Tristes, muy tristes lo declaramos, dirigiendo nuestra respetuosa protesta á los causantes de este deplorable estado de cosas. Que por muy altos que algunos se encuentren y por ilustres que sean sus prestigios, no tienen derecho á malograr los entusiasmos, á defraudar las esperanzas de una muchedumbre que, como la republicana, ofreció siempre á sus directores el holocausto del sacrificio en aras del ideal.

Voz de Guipúzcoa.

El 11 de Febrero

Un año más

Conmemora hoy el pueblo leal y sinceramente democrático, el 40.º aniversario de la proclamación de la República en España.

Nosotros no conmemoramos, no queremos conmemorar esa fecha, que es algo así como la signación graduada anual, metódica y vergonzosa de nuestros desaciertos, de nuestros desaciertos, de nuestros gravísimos errores, de nuestros grandes males, al parecer sin cura y sin remedio.

No miremos á lo que fué. Miremos á lo que es.

El 11 de Febrero, día de gloria, de gloria relativa, para los republicanos españoles, era en los primeros años que siguieron á la proclamación de aquel régimen popu-

lar, día consagrado por el hecho anterior y en el que el alma nacional resurgía á la fé y los entusiasmos de aquellos mismos hombres que con su esfuerzo y su perseverancia habían logrado derribar el viejo régimen, causa eficiente de nuestros más profundos males y nuestras más grandes desdichas.

Pero, á medida por el tiempo fué pasando, la fecha memorable convirtiéndose en aniversario regular, triste y doloroso de nuestras pasividades subsiguientes, hasta llegar á los días estos en los que el día 11 de Febrero, más que un recordatorio de grandezas, es algo así como un fantasma acusador de olvidos, de quietudes, de horrendas cobardías y de traiciones sin nombre, que se alza airado ante nosotros para lanzarnos al rostro la responsabilidad tremenda de los males que sobre España pesan actualmente.

«Ved—nos dice hoy la sombra misteriosa—que ha transcurrido un nuevo año. Fueron diez, fueron veinte, son cuarenta: la vida de una generación que nació en la esclavitud y muere en ella, sin que vosotros, los que habéis prometido vengar la vil traición cometida en Sagunio, hayáis tenido arrestos y virtud para volver por los principios de aquella triste República ahogada en los comienzos de su vida, apenas proclamada en un arranque de santo patriotismo.»

No; no conmemoremos esta fecha, que aunque es fecha gloriosa, es fecha triste, por cuanto nos recuerda cada año nuestros defectos propios, marcando en el reloj de la vida nacional el horrible pecado de lesa libertad que un día y otro y otro venimos cometiendo.

Pudo pasar que el 11 de Febrero se reputase como símbolo de un hecho extraordinario, en los días que siguieron á la revolución. A los cuarenta años de luchas inestables y crueles; cuando cada república disperso es, no ya un defensor de la República sino un decaído guardador de sus soberbias, más atento al cuidado de la propia persona y de los bienes propios que á la defensa de la idea porque clama el gran pueblo que en el día la reconquista del derecho en mal hora perdido, conmemorar el 11 de Febrero es rendirse al infortunio, aceptando como bueno el éxodo cruel de una guerra civil en que estamos empeñados, y conformarse con la suma periódica de una misma efeméride repetida cien años, sin la más leve y remota esperanza de que llegue á borrarla otra efeméride noble y dignificadora.

No; no conmemoremos esta fecha. La historia marca un término á los hechos gloriosos que no tienen sucesión en sí mismos ni influencia directa en el futuro. Las grandezas de aquel día memorable, del 11 de Febrero del 73, se han empeñado con las miserias; también grandes, registradas en estos cuarenta años de quietismo, de indiferencia abominable; de algo peor que eso todavía; de desgaste de fuerzas debidas á la patria y al republicanismo, en la erección de pedestales sobre los que se verguen los dioses mitológicos á cuyos pies va quemando sus últimos inciensos la monarquía.—*Tierra Gallega.*

Contraste

Los elementos clericales, auxiliados por los poderosos medios de que disponen (di-

nero.. influencia... apoyo oficial... costumbre inveterada... etc., etc.), habían preparado para las fiestas que aquí tienen lugar los días 5, 6, y 7 del corriente, una serie de funciones religiosas que prometían estar concurrencísimas y dar al traste con cuanto significa libertad de conciencia.

Por otra parte, los padres de familia (no los de la asociación así llamada), los amantes de la instrucción, pidieron y obtuvieron licencia de la autoridad local para organizar una manifestación pública en pro de la enseñanza y en son de protesta contra el maestro de niños por falta de cumplimiento en sus deberes profesionales.

Y los socios del Círculo Republicano también recabaron del señor alcalde permiso para celebrar otra manifestación, que había de recorrer la mayor parte de la población para acompañar á sus consocios Eduardo Ferrer y Rafael Soler que habían de contraer matrimonio civil.

Yendo por partes, diremos que la procesión, acto el más concurrido de cuantos se celebran de carácter religioso, á pesar de las llamadas y requerimientos con las campanas y demás fórmulas de rúbrica, estaba representada por treinta y un hombres, contando curas y sacristán, casi todos analfabetos, y algunas mujeres (bastantes por desgracia) que no saben sacudir el yugo que sufren, pero no tantas que signifiquen una mediana minoría.

En cambio la manifestación «pro enseñanza» se componía de la inmensa mayoría de los padres que tienen hijos que concurren á las escuelas municipales, y no hay para qué decir que reinó el mayor orden y compostura, llevando una bandera donde se leía: «Viva la enseñanza. No más tolerancia.» Al disolverse y llegar la comisión á dar las gracias al alcalde éste manifestó la satisfacción que sentía al ver que los ciudadanos ontiñenenses sabían hacer tan buen uso de los derechos que la ley les concede.

La manifestación por los actos civiles fué muy combatida. Desde el cura, que comenzó á anatematizar esos actos en cuanto se enteró que se proyectaban, amenazando con excomuniones á contrayentes y acompañantes, hasta la beatería oponiéndose á que algunas amigas de las novias asistieran, y otras poderosas influencias que trataban de que el alcalde retirase la autorización á los manifestantes, todo se puso en juego. Nada, empero, valió. El alcalde supo sostenerse dentro de las atribuciones que la ley prescribe sin hacer caso de recomendaciones. Acto, que hacemos público para su satisfacción, tributándole al paso nuestro sincero aplauso, y el público respondió con el entusiasmo propio de un pueblo que se da perfecta cuenta de sus derechos y deberes.

Los socios del Círculo Republicano, con su directiva al frente, su bandera, y la orquesta ontiñenense á los acordes de la Marsellesa y otras bonitas piezas de su vasto repertorio, salió de su domicilio para recoger de los suyos á los novios y sus prometidas y acompañantes, y fué engrosando la manifestación en forma tal, que al llegar á la plaza de Ferrer Guardia (don Francisco) donde está situado el Juzgado municipal, era imposible el tránsito. ¡No hubiera estado poco satisfecho el cura con haber tenido siquiera un diez por ciento de concurrentes!

Y por fin terminó este acto, en el que el bello sexo tuvo muy nutrida y entusiasta representación, con el orden más perfecto, sin haberse registrado otros inci-

dentes que la mala cara que ponían algunas beatas, el rebuzno de tal cual asna, y el *mascar cebolla, tascar el freno* ó cualquier otro refrán apropiado á ciertos tipos.

Estas dos manifestaciones, celebradas el 5 y 6 del corriente respectivamente, han sido los números más simpáticos de estas fiestas.

RAMON VALA

Ontiñena (Huesca), 10 2-1913.

ESPAÑA EN EL

CEMENTERIO NACIONAL

(LÁMINA DE EL MOTIN)

Qual hermosa mujer que deja un día
imposible morir seres que adora,
y tarde ya para su bien, devora
de soledad inmensa la agonía.

la España liberal que el ser debía
al valor y á la idea redentora
y al progreso se unió, muriendo llora
por los hijos que fueron su alegría.

Negra sima á sus pies cobre de flores
con fugida piedad el misticismo,
que la asedia entre halagos seductores.

¡Ah! ¡lor qué, conociendo su egoísmo,
llora?... ¿Por qué abrazada á sus amores
no los arranca al tenebroso abismo?

FEDERICO IRIARTE DE LA BANDA.

Ramales.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarra

Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez
cada una, á 50 céntimos. Torment
mentos de la Inquisición.

La celda núm. 7

por José Nakens

Precio: DOS pesetas

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

La brujería en Barcelona

por "Fray Gerundio"

Precio: una peseta.

LIBROS A DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.

EL MOTIN



NUEVE ESPAÑOLES QUE MURIERON POR LA REPUBLICA, POR NO CREER, COMO EL SR. ALVAREZ, EN LA ACCIDENTALIDAD DE LAS FORMAS DE GOBIERNO

Ayuntamiento de Madrid

ARTÍCULOS FIAMBRES

Rebatiendo un cargo

¿Qué quién soy yo para hablar como hablo?

Uno de los pocos que pueden hacerlo, porque jamás oculté lo que pensaba, ni busqué medros dentro del partido, ni me arredraron las contrariedades.

Uno que, teniendo las simpatías de casi todos, cuenta hoy con las antipatías de muchos, por no haberse adaptado al medio.

Uno que, en condiciones como pocos para colocarse entre los de arriba, ha permanecido en su rincón trabajando por la causa sin descanso.

Uno que, si no tuviese tan arraigadas sus convicciones y respetase tanto su historia, hubiese dicho hace ya tiempo á sus correligionarios: «Abur, amigos. Me voy á la Monarquía. Si me creo una posición política y hago fortuna, volveré á vuestro lado, seguro de que entonces me recibiréis con los brazos abiertos.

Ese soy yo.

No es esto en mi vanidad; es orgullo de pura ley, grande y legítimo; el orgullo que debe sentir todo hombre, sopena de ser un imbécil sin conciencia de sus actos, que pone honradamente al servicio de una causa inteligencia, voluntad y desinterés; el orgullo de quien se considera un pigmeo si se juzga, pero se cree un gigante si se compara; el orgullo del que, sin ideas mezquinas sobre cosas ni personas, podrá equivocarse alguna vez y realmente se equivoca, más nunca dice lo que no siente; el orgullo de quien sabe que tiene siempre desprecio que regalar á los sinvergüenzas y salviva que arrojar al rostro de los miserables. Ese orgullo hermoso, noble, sin el cual nada vale el hombre que lucha por el triunfo de la verdad, y que le impide descender al pantano en que se agitan los reptiles que hay en todos los partidos.

1900.

Un pasito más

Vamos, Castelar, atrevase usted. Comprendo sus escrúpulos; me explico sus vacilaciones; hasta me agrada ese pudor postumo. Mas ¡qué diablo! si ello ha de ser, cuanto antes mejor.

Haga usted lo que el enfermo á quien recetan una medicina desagradable: cerrar los ojos y echársela al colete. Tiene al fin que tragársela.

Como usted es tan artista y sabe tanto de historia romana, es posible que ante ensayando la postura en que ha de caer, como los gladiadores del Circo; coquetaría digna de respeto, pero que pudiera excusar en la ocasión presente. Los tiempos actuales son prosaicos, y no va á ser apreciado ese detalle.

Nada de remordimientos, sobre todo; ese achaque de genticilla vulgar no debe tener cabida en almas bien templadas. Y luego, ¡si fuera el primer paso! ¡si la vir-

gen, al ver la alcoba conyugal, temblará y palideciera, explicación tendría en las dudas que engendra lo desconocido; pero no si la casada en segundas ó terceras nupcias se detuviese y meditará! ¡Animo, pues, y adelante!

Hace tiempo que la opinión pública se ceba en usted; y como, aquí en confianza usted justifica con su conducta esos rumores, se ve obligado fatalmente á buscar en brazos de la Monarquía el reposo que la calumnia le quita.

Así, D. Emilio, valor, y á dar pronto ese pasito que le falta.

1881.

De Santander

Sr. D. José Nakens.

Nuestro querido amigo y correligionario:

En el mitin *bloquista* celebrado en esta ciudad el día 29 del mes pasado, se ha permitido el Sr. D. Melquiades Alvarez el *desabogo* siguiente:

«¿Cómo es posible que haya republicanos que se puedan negar á este concurso? ¿Soñando con revoluciones? ¿Engañando al pueblo, que sobre ser fanático es escéptico con una revolución que no ha de venir jamás; engañando al pueblo para que lo soporte todo en beneficio de los elementos reaccionarios? Quien os aconseja la intransigencia—yo voy á dejar á salvo la pureza de sus motivos—ese no es liberal, ese no es demócrata, y menos republicano. Es un colaborador de los elementos reaccionarios.»

Ya lo sabe usted, Sr. Nakens. Usted y los que como usted pensamos, no somos republicanos, ni liberales, ni demócratas. Somos colaboradores hipócritas de la reacción, y engañamos á un pueblo fanático y *escéptico*, por difícil que parezca engañar á un pueblo tocado de escepticismo.

Pero no ha querido injuriarnos don Melquiades. Ya antes de llamarnos *engañadores* é *hipócritas*, tuvo la amabilidad de dejar á salvo la pureza de los motivos que nos mantienen fuera del bloque. ¡Como si fuese compatible esta pureza con el engaño y la hipocresía!

Ya habrá usted leído el discurso del señor Alvarez, y no necesitamos llamar su atención sobre el cúmulo de contradicciones que en él campean. Negar que aquí sea posible una revolución, y amenazar con la revolución á renglón seguido; hablar de la impotencia de un pueblo hambriento y sin fe, y admitir la posibilidad de que el huracán de ese pueblo abra á D. Segismundo las puertas del alcázar de los reyes; llamar escéptico al país, para decir después que aquí sería una temeridad intentar la separación de la Iglesia y el Estado, á causa de la intolerancia religiosa de ese país mismo... etc., etc., etc... son *lapsus* que acusan tanta falta de respeto á la lógica como la que el Sr. Alvarez cometió con la Geografía cuando confundió á Génova con Ginebra.

Sólo se ha mostrado consecuente y lógico D. Melquiades al tocar el tema de

la compatibilidad de su republicanismo con la forma monárquica.

Véanse las muestras:

«En el mundo hoy no se reputa esencial ninguna forma de gobierno.»

«Ese respeto absoluto á las formas de gobierno, es algo absurdo y fuera de tiempo.»

«Hay muchos republicanos que no damos valor esencial á las formas de gobierno.»

«Un socialista como Briand pudo entrar en el Gabinete francés.»

«En una monarquía libre, parlamentaria y democrática, un republicano puede formar parte del Gobierno.»

¿A qué seguir copiando?

Como contestación á la indelicadeza con que ha procedido el Sr. Alvarez al juzgar á los republicanos que no hemos creído conveniente ingresar en el bloque, y en representación del partido federal autónomo de Santander, deseamos hacer constar que el discurso de D. Melquiades Alvarez puede condensarse en un anuncio del tenor siguiente:

Se necesita una cartera.

Que se la den y... que le aproveche.

Rogando á usted la inserción de esta carta en EL MÓTIM, le reiteran el testimonio de su admiración y cariño sus afectísimos correligionarios y amigos, que le estrechan la mano.

FRANCISCO TOCA AURELIO PIEDRA

10 Diciembre de 1903.

El bl nco de todos

Echarle al Pueblo la culpa del estado actual de España, como Melquiades Alvarez ha hecho, es una solemne majadería, si no es algo peor. Para buscar una culpa á la vergonzosa evolución que prepara, no necesitaba insultar ni deprimir al Pueblo.

Ese Pueblo tan adulado en vísperas de elecciones y tan menospreciado y desatendido después que vota.

Ese que eleva á charlatanes veleidosos, que lo den gran cuanto se ven arriba.

Ese que emigra para no morir de hambre, mientras se enriquecen los que elevó, algunos poniéndose á la devoción de las empresas que monopolizan servicios que le hacen á él imposible la vida.

Ese que acude todavía á donde los far-santes le llaman, si lo llaman en nombre de la libertad, á pesar de los desengaños que ha sufrido.

Ese que no ha logrado desde la restauración acá llevar á los municipios, sino por rara excepción, hombres que velen por los intereses comunales.

Ese que ha acudido á las urnas siempre que se le ha pedido, sin tener más fortuna al elegir diputados que al votar concejales.

Ese á quien se le vilipendia si calla, se le censura si grita, no se le defiende si se alza, y se le abandona si los monárquicos le persiguen.

No, no es el Pueblo ese quien tiene la

culpa de que estamos como estamos. Si alguna responsabilidad le cabe, es esta únicamente:

La de no haberles dicho á tiempo á sus directores, «El amo soy yo», y haber obrado en consecuencia.

No habría entonces quien se atreviera á ofenderle, como Melquiades lo ha hecho en Santander.

10 de Diciembre de 1908.

El pueblo esceptico

Me explico que se le digan las verdades al Pueblo, que se le excite, que se le espolee, que se le satirice. Yo lo hice mil veces. Nadie para mí más indigno que el adulador de multitudes.

Y creo más: creo que no es un derecho el que se ejercita al decirle la verdad, sino un deber; acaso el primero de todos en quienes hablan ó escriben.

Pero con dos condiciones: la de que el que se la diga no lo haga para conseguir un fin puramente personal, y la de permanecer á su lado. Fustigarle para justificar el abandono en que se le deja, para pasarse al campo de sus enemigos, es acción cobarde; y si no se me resistiera tanto el empleo de ciertas palabras de grueso calibre, añadiría que villana.

Váyase á la Monarquía el que quiera, cansado, desesperanzado, ó deseoso de mejorar de posición; mas tenga el pudor de no basar su cambio en la conducta del Pueblo.

Porque, aunque realmente fuera lo que dicen, que no lo es, la culpa sería, como ya lo he dicho, de los que le han guiado y utilizado; nunca suya; de los que le han dado tantos ejemplos de acomodamiento al medio, lo han engañado ofreciéndole lo que no le han cumplido, le han enseñado que cada cual debe mirar por sí únicamente.

La palabra *esceptico*, aplicada al Pueblo, no tiene sentido: precisamente es lo contrario. Cree todo lo que le dicen y lo que es peor aún, cree en ciertos hombres.

Lo traen y lo llevan con una palabra, á veces nimia, á veces falsa. «¡Vota!», le dicen. Y lo hace. «Deposita tu confianza en éste.» Y la deposita. «¡Vete á la coalición, á la fusión, á la unión.» Y va. Y al final de cada acto de éstos se encuentra con un desengaño nuevo, sin caer por esto en el escepticismo. Por ser así no escupe ahora á la cara de los que le dicen ¡viva la libertad!, para sacar á la Monarquía del atolladero en que se encuentra por haber extremado la reacción.

En el primer tercio del pasado siglo era popular esta coplilla de pésima factura:

«El pueblo ¡niren qué risa!,
porque es pobre es ultrajado;
le llama descamisado
quien le dejó sin camisa.»

La coplilla es hoy de tanta oportunidad como ayer. Llaman *esceptico* al pueblo los que más han trabajado para que llegue á serlo.

Sin conseguirlo hasta ahora.

10 de Diciembre de 1908.

Villacampa

Allí está, enfermo y triste, en un calabozo de Melilla, el hombre que se vería hoy adulado por los republicanos de altura si llega a triunfar el 19 de Septiembre de 1886.

Su hija ha corrido á su lado previendo una desgracia, para recoger el último aliento de aquel que siempre los tuvo grandes.

No pido al gobierno piedad, porque Villacampa la rechazaría; pero quisiera que se honrase á sí mismo trasladándolo á un presidio de la Península.

Y desearía otra cosa; que aquellos republicanos que más pronto y con más codicia se hubieran aprovechado de su triunfo, tuviesen ahora el pudor de respetarle, no apresurándose a negarlo más veces que Pedro á su Maestro.

No pude despedir en la estación á la hija del pundonoroso Villacampa; de haberlo hecho, le habría dicho:

«No le hable usted á su padre de las miserias que aquí ocurren; no le diga cómo piensan algunos de aquellos en quien confiaba; evite que hoyee ningún periódico, para que no vea cuán pequeños hombres se albergan en las causas más grandes; y de este modo, al llegar su último instante, no vendrá un arranque de indignación justificada á hacerle arrepentirse de su noble y valeroso proceder.»

Y después de habérle así, hubiera yo adquirido más bríos para seguir luchando contra los que desde el 19 de Septiembre de 1886 vienen lavándose las manos como Pilatos.

1888.

Nostalgia reaccionaria

El País publicó el domingo último un notable artículo titulado *Los inspiradores de Cierva*, del que salió mal parado el primer maurista del *Parlamento*, según llaman en el Congreso al Sr. Azcárate. En el artículo hay párrafos como éstos:

«¡Triste sino el del Sr. Azcárate! Porque esos caballeretes que adulan á La Cierva y le dictan las reales órdenes, son discípulos predilectos, amigos y constantes tertulios del ilustre presidente del Instituto de Reformas Sociales.

Pero no se crea por esto que tales sujetos sean espíritus cultos, liberales y verdaderamente progresivos, ni siquiera krausistas de la Institución libre de enseñanza. Son faribundos reaccionarios, neos de la peor especie, vaticanistas que fomentan la «Buena Prensa», secuaces del comillismo antipatriótico, amigos de Pidal, de Loriga, del Padre Duero y de toda la taifa de caciques ultramontanos.»

«En todo lo que se atribuye á La Cierva se ve la mano de estos jesuitas sociólogos». «Ellos han tenido el talento de corromper la reforma social.» «Ellos han convertido la legislación social en un *Syllabus* inquisitorial que nos hace risibles ante las naciones civilizadas.» «La Cier-

va no es es más que el instrumento de esa negra reacción social; el instrumento y la bolsa» ¡Y el ilustre Sr. Azcárate y los hombres teóricos de la calle de Relatores haciendo el juego á estos caballeros! ¡Triste sino!»

Cuentan que Cánovas, al saber que uno de los suyos había hablado mal de él, conteató: «Yo, en cambio, me vengo guardando hace años el secreto de que es tonto.»

Parodiando la frase, los republicanos pudiéramos decir del primer maurista del *Parlamento*, que le venimos guardando el secreto de que es un reaccionario disfrazado de republicano, como hay varios en nuestro partido, de igual manera que entre los conservadores hay revolucionarios con careta monárquica. Gentes á quienes las circunstancias colocan fuera de su sitio, sufren la nostalgia de lo que fueron y á menudo se olvidan de su papel expresando lo que sienten.

Aquellos lacayos y aquellas doncellas que se vistieron con las ropas de sus dueños para celebrar una fiesta, y los imitaron á la perfección hasta que un bromista dió una palmada y contestaron todos: «¡allá voy, señorito!», son el vivo retrato de los Azcárates esos. Cuando los llama la reacción, gritan siempre: «¡allá voy!»

Así está el partido republicano.

12 Noviembre 1908.

Oradores y charlatanes

Conforme en un todo con estas palabras de *España Nueva*:

«Buscar, como hacen muchos, el *bloque* liberal y huir del *bloque* con los verdaderamente republicanos, es deseo de crear ídolos de barro, aunque á costa de la dignidad republicana y de la ofensa á los elementos más valiosos del partido.

Unión, si, pero de los buenos; de los que no claudican ni se amansan entre bastidores.»

A ti te lo dijo, Alvarez; entiéndelo tú, Melquiades.

Pues, como todos sabemos, este señor anduvo siempre con repulgos y exigencias cuando se trató de conciertos, pactos ó uniones entre los republicanos. En la misma Unión de 1903 no se definió nunca claramente.

En cambio, ahí lo tienen ustedes coteando por esos mitins con un entusiasmo, una fe y una convicción, que quienes no lo conocen juzgarán acaso de buena ley.

Y es que, si á casi todos los oradores de talla puede aplicársele la frase de que «la palabra le ha sido dada al hombre para ocultar su pensamiento», á Melquiades le viene tan á lo justo, que parece inventada para él. No de otro modo se explica que á su edad, relativamente corta, haya defendido tantas cosas distintas. Y no puede negarse que lo hace á la perfección: parece que sionte cuanto dice. Verdad es que á todo mediante de altura le ocurre lo propio.

Yo no lo oigo nunca, sin recordar á aquel ciudadano que vendía hace treinta y tantos años (¡ayer!), en la antigua calle de Sevilla la pasta mineral catalana para afilar las navajas de afeitar. Estaba él persuadido de que la tal pasta estropeaba las navajas, y, sin embargo, ¡con qué aplomo, con qué fuego, con qué seguridad la recomendaba! Era propiamente el Melquiades callejero de aquella época. ¡Así vendía él de pastillas!

Un día quiso abofetearle un comprador que al utilizar la pasta vió convertirse su navaja en una sierra. Afortunadamente para él, uno de los muchos individuos que se paraban á oírle, dijole al estafado: «¡Déjele usted! ¡Si vive de eso!»... Y el hombre se contuvo. Desde entonces miro con conmiseración á los charlatanes que *viven de eso*.

Y conste que yo no llamo charlatán al hombre que expresa elocuentemente lo que sabe y lo que piensa; por el contrario, lo admiro y lo envidio. Se lo llamo, al que habla según conviene á su interés ó su ambición; al que defiende el pro y el contra; al que no es sincero, en suma. Ese, valga lo que valiere, y diga lo que dijere, es para mí un charlatán, en el sentido más despreciativo de la palabra.

14 de Enero de 1909.

Don Emilio

Ha puesto ya un pie en la Monarquía, quedándose con otro levantado para adelantarlo cuando le convenga.

Con tal motivo la prensa (excepto la ministerial) lo pone como un guiñapo, y á mi entender, sin pizca de razón, porque estaba previsto.

Puesto en la pendiente, por fuerza había de rodar al fondo: lo extraño es que haya tardado tanto.

Muchas veces he sentido indignación al juzgar la conducta del jefe del posibilismo: hoy siento pena.

Pena al pensar que, siendo tan grande, se ponga al nivel de cualquier apostatilla.

Pena al verle balbucear palabras de disculpa, él que tan claro y tan alto atacó lo que hoy adora.

Pena al mirarlo afanoso buscar armas en el arsenal del sofisma, para convencernos de que sacrifica sus antiguas convicciones en el altar de la patria.

Pena al ver tanta elocuencia, tan alto renombre, tan universal fama, arrojados á los pies de la Monarquía que antes temblaba al eco de su voz.

¡Pobre D. Emilio, y cuán á menos ha venido!

Aquella su maravillosa palabra, que hacía latir al unisono los corazones de cuantos amábamos la libertad, sólo servirá en adelante para cantar endechas á la monarquía.

Aquellos sus acentos sublimes con que atacaba la esclavitud, tronaba contra las quintas y defendía todos los derechos del pueblo, los empleará desde ahora en anatematizar á los leales.

¡Perder tanto para ganar tan poco!

Acabaron para él los aplausos nutridos, las ovaciones constantes, las manifestaciones numerosas y entusiastas.

En vez de un pueblo viril que le proclame el primero entre todos, encontrará una corte de corrompidos vividores que le considerarán uno de tantos.

¡Cambiar un destino tan alto por una satisfacción tan pequeña!

Pero la pena que siento al ver tanta grandeza degradada, no ha de impedirme tomar venganza de Castelar, y venganza grande, tremenda; digna de él y de mí. ¿Cómo? Practicando sus enseñanzas revolucionarias y procurando por todos los medios el triunfo de la República.

Y como esto será para él un martirio, pues ninguno tan horrible para la prostituta como recordarle los tiempos en que fué honrada, quedará vengado.

La Monarquía puede celebrar su triunfo, envanecerse con la adquisición, recibir con palmas al exrepublicano que se le entra por la puerta. Yo me limito á decirle á la Monarquía:

«Quédate con el Castelar aristocrático, apóstata, decadente y legal, que nosotros nos quedaremos con el Castelar popular, convencido, enérgico y revolucionario. La voz afeminada del cortesano, para ti. El acento gigante revolucionario, para nosotros.

Lo nuestro nadie puede quitárnoslo. En cambio lo tuyo desaparecerá con él.»
1889.

Amigos francos

El *Mercantil Valenciano* ha venido definiendo constantemente á Melquiades Alvarez y su política; más de una vez he contenido con él sobre esto. Pero tal conducta sigue el *joven aprovechado* (así llamaban también á Cánovas allá por el 54 del pasado siglo) que hoy dice aquel periódico:

«El bloque se ha convertido en instrumento monárquico; y á la monarquía vanquieren ó no, los republicanos que de él forman parte.»

«El bloque es monárquico, el bloque tiende á afianzar la monarquía, y los republicanos no hacen en él otro papel que el de ayudar á Moret y al *trust* contra Maura, en un pleito puramente monárquico y de empresa.»

«Será muy triste que D. Melquiades Alvarez siga el camino de otro orador insigne tan querido en esta casa como lo es hoy aquél. Martos no quería ir á la monarquía, como no quiere ir D. Melquiades; Martos empujaba á sus amigos á que se fueran con los liberales dinásticos para dar savia democrática al doctrinario sagastino, pero quedándose él á la parte de fuera; Martos hablaba de la accidentalidad de las formas de gobierno, como habla D. Melquiades; Martos pudo ser el hombre de confianza de D. Alfonso XII y el jefe del partido liberal de la Restauración, y tuvo miedo de dar á tiempo este paso, y una noche fué á Palacio con los arroceros de Valencia, y sa-

lió de Palacio como otro Sansón, sin la cabellera; fué ministro y presidente del Congreso, pero no fué lo que merecía; su calvario fue un infame y cobarde cristineo; su expiación el olvido en que vivió, la soledad en que se encontró en el campo de la monarquía, para él siempre seco y estéril.

D. Melquiades Alvarez, poniendo su talento, su actividad, su fe al servicio de la causa santa de la República, sería una esperanza para todos, sería en plazo no muy lejano el primer hombre de España; D. Melquiades Alvarez al servicio de la monarquía, confundido con los hombres del desastre nacional, autores de la ley de Jurisdicciones é importadores de las comunidades religiosas, no sería más que uno de tantos, condenado á sufrir las tristezas del desengaño, las amarguras de la soledad y el abandono y el dolor del remordimiento por el daño causado á la libertad, á la República y á la patria sacrificada en los altares de la monarquía.»

Esos párrafos destilan amargura. ¿Es digno Melquiades de que nadie por él la sienta?

El hombre que á la edad de los entusiasmos generosos ha tomado por consigna el *¡enriqueceos!* el Guizot; el que sin haber hecho nada por el Pueblo y sí recibido de él la diputación que lo ha puesto en condiciones de cotizarse en las grandes empresas monopolizadoras, lo insulta y lo deprime á cada pasc; ese, valga lo que valga, no merece que ningún consecuen- te procure apartarlo de su camino, que ningún convencido lamente que se vaya. Menos daño hará á la idea republicana yéndose á la monarquía, que quedándose entre nosotros.

21 Enero 1909

Veleta democrática

Copia de *Tierra Gallega*:

«El año 1807 estuvo en la Coruña dos ó tres días D. Melquiades Alvarez, para defender un pleito en la Audiencia.

Visitóle en el *Hotel Ferrocarrilana*, donde se hospedaba, una representación del partido republicano, y en la breve conversación que con él tuvieron, dijo el Sr. Alvarez, espoutáneamente y á guisa de inciso en la conversación; «y yo, que no soy católico...»

De entonces acá no sabemos si habrá cambiado también en esto (sospachamos que no, porque el sentir y el pensar del hombre son mudables hasta la muerte; pero lo que sí podemos certificar es que en esa época D. Melquiades no era católico. Y el que escribe estas líneas se le oyó con toda claridad.»

En Toledo acaba de decir:

«Decidle (al obispo de Tuy) que el bloque aspira á vivir en paz con la Iglesia, á gobernar con el Concordato como instrumento de Gobierno.

«No queremos ni podemos ir contra la Iglesia, sino respetarla, pero proclamando la independencia del poder civil.

«Si el prelado de Tuy pregunta si soy creyente y la clase de religión que profe-

so, digo que esto no le importa á nadie. Sólo le interesa á mi conciencia, pues únicamente debe dar cuenta á Dios, cuyo poder está por encima de sus representantes.

»Si yo llegase á ser poder, la Iglesia será soberana y respetada en todo lo espiritual; pero será fiero, implacable y tremendo para castigar los desafueros y usurpación de atribuciones al Estado.»

Los que en la oposición dicen eso, en el poder besan humildemente, no digo la sandalia de raso del Papa, las zapatillas de orillo del cura.

¡Soberana en lo espiritual! ¿Qué quiere decir eso, cuando, aun suponiendo que lo espiritual católico existiera, se halla de tal modo mezclado con lo temporal, que no hay medio de separarlo?

Y además, ¡qué cobardía ó qué hipocresía, la de no atreverse á afirmar en público su creencia!

No están los tiempos para raposear de lenguaje, Sr. Alvarez, ni al pueblo se le arrastra con equívocos. O dentro ó fuera. O con la libertad ó con la Iglesia. Lo demás, querer figurar entre las aves porque se vuela, y entre los cuadrúpedos porque se tiene hocico, ya lo inventó el murciélago de la fábula.

Estar á la que salte es indigno de un hombre como usted; y esto es lo que está usted haciendo. Leyendo todos los discursos que ha pronunciado en defensa del bloque, lo mismo puede usted ser ministro con la república que con la monarquía; defender el catolicismo que perseguirlo; favorecer al pueblo que aborrecerlo. Hay para todos los gustos y todos los menesteres en todas las circunstancias.

«¡Ejercicios en la barra! ¡En el trapecio! ¡En la cuerda floja! ¡A dos reales la entrada, caballeros! ¡Niños y soldados á real! ¡Adelante, que va á dar comienzo la función!» Así se anuncian los charlatanes en las barracas de las ferias.

No los imite usted, Sr. Alvarez. Respétese más.

18 Febrero 1909.

Párrafos comentados

Afirmaciones de Melquiades en su discurso de Oviedo:

«Quien no ayuda al bloque, es amigo y favorece los intereses de la reacción. Sigamos nuestro camino sin desconfiar de los hombres. El que respeta su propia probidad, no puede dudar de la sinceridad ajena.»

Afirmaciones mías:

—Quien ayuda al bloque favorece á la monarquía. Sigamos nuestro camino despreciando á los saltimbanquis. El que respeta su propia probidad, debe dudar de la sinceridad de los que nunca la tuvieron.

«Si no vamos con él (con Moret) por el camino enmendado, ¿con quién vamos á actuar en la vida pública?»

Respuesta mía:

—Con los que no consideren accidentales las formas de gobierno ni insulten ni depriman al pueblo que los elevó.

Por lo demás ¡qué saugrienta resulta la pregunta: «¿á dónde vamos, si no vamos con los liberales!» Eso es declarar que los republicanos no vamos á ninguna parte. Y cuando se piensa eso honradamente, hay que obrar en consecuencia. Si yo no creyese que trabajando por la República trabajo por la patria, ó me habría ido ya con la monarquía, alta la frente y serena la conciencia, ó me habría metido en un rincón. Verdad es que yo nunca pensé hacer con mis ideas un escabel para mis ambiciones.

Y prosiguió Melquiades:

«Una de las causas de que algunos desconflen en este movimiento, es la afirmación vulgar de que el rey es enemigo de nuestras ideas. Yo no quiero creer eso; no puedo admitir la absurda hipótesis de que el rey sea opuesto al bloque.»

Era lo último que le faltaba á este constructor de frases huecas: erigirse por propia autoridad en fiador del rey. Un pordiosero garantizado á Roschild me hubiera parecido menos majadero. La osadía está aquí á la altura de la ridiculez.

11 de Marzo de 1909.

El brigadier Villacampa

Murió el día 12 de Febrero en Melilla.

Los conservadores que se opusieron tenazmente á su traslado á un presidio de la Península, los liberales que lo prometieron sin cumplirlo, y el insurrecto en Sagunto que lo impidió, estarán ya satisfechos.

Si llegara el día de exigir responsabilidades, el recuerdo del martirio sufrido por el hombre digno, el soldado valeroso y el republicano convencido que acaba de morir, nos obligaría á ser inexorables con los que no tuvieron compasión de él.

Ya no existe Villacampa; ya pueden dormir tranquilos los que no le perdonaron el terror que les hizo sentir el 19 de Septiembre y los que lo negaron al verle vencido.

Ya no hablará de aquéllos sucesos ni pedirá cuenta á nadie; al llevarse á la tumba ciertos secretos, indító flaquezas, debilidades y miedos.

No es ocasión esta de vanas lamentaciones, sino de recogernos en nosotros mismos y pensar en que á todos alcanza alguna responsabilidad en la muerte de Villacampa por no haber obrado como él.

Aceptemos orgullosos y agradecidos el ejemplo que nos deja por herencia; pensemos en aliviar la suerte de su hija, mártir de todos los dolores; no olvidemos lo que con él han hecho los que deben á la insurrección los puestos que ocupan, é imitemos la noble resignación con que ha soportado los embates de la suerte adversa.

Lloremos sobre su sepulcro, sí; pero sean lágrimas de coraje las que vertamos, no de dolor inútil y tardío. El hombre

que muere como Villacampa por haber cumplido su deber, merece algo más que el tributo de unas lágrimas, secas no bien vertidas; merece que su nombre sea esculpido en el pecho de todo buen republicano, para que en las horas de desfallecimiento le preste fortaleza.

Pero si alguien quiere verter lágrimas de pena, derrámelas por los que, divorciados de la dignidad, sirven de comparsa á la monarquía; por los que envueltos olímpicamente en el manto de la indiferencia, no alzan á toda hora su voz contra los que cubren á España de vergüenza; por los que atentos á su interés fian filosóficamente al tiempo las soluciones que anticiparon siempre la constancia y el esfuerzo. Por éstos sí que hay que verter lágrimas; pero ¿por Villacampa? Por Villacampa, no.

De seguro que si al expirar en el presidio lejos de todo lo que amaba, excepto su hija, le hubiera sido dable vivir á la manera que otros viven, no habría trocado su honrada muerte por tan deshonorosa vida.

Los hombres como Villacampa prefieren morir en presidio por haber servido á la República, á vivir en la Monarquía con opulencia por haberla traicionado.

1889.

Diapasón normal

Notabilísimo artículo ha publicado *La Justicia*, dando reglas, en *visperas de la victoria*, sobre lo que debemos hacer al día siguiente de establecida la República, y afirmando que *la parte más fácil de nuestra tarea es traerla*.

Declaro la ignorancia en que estaba en eso de *las visperas*, y que celebraría que las pocas semanas que puedan faltar no sean de años, como aquellas de Daniel; pues en tal caso, ¡adiós mis esperanzas de ver implantada la República!

La síntesis del artículo es esta: que vivamos dentro de la República como diz que ahora viven los ángeles, los arcángeles y los querubines en el cielo; y digo ahora, porque antaño ya sabemos cómo las gastaban, pues á lo mejor tenía San Miguel que requerir la tizona y andar á cintarazos con Luzbel, el primer sublevado de que hay noticia.

Efectivamente, nada tan hermoso como el espectáculo que podríamos ofrecer los republicanos, sujetos á un diapasón normal; discutiendo, sí, pero en forma cortés y mesurada, y dispuestos á toda hora y en todo lugar á prescindir de inmorales egoísmos y personales intereses; y aun no holgaría que, para amenizar el espectáculo, contratásemos unas cuantas bandas de música; aun cuando no, que fuera gasto innecesario; pues como la música sólo amansa las fieras y nosotros estaríamos convertidos en mansos corderillos, no habría necesidad de semejante despilfarro.

Son estos sueños hermosos de la política romántica algo parecidos á los que halagan las jóvenes cuando el amor co-

mienza á hacer presa en sus tiernos corazones. ¡Qué vida tan hermosa al lado del sér amado! Caricias de lenguaje, concierto de besos, niños que balbucean melodías y que huelen á rosas... esto es el matrimonio para ellas. Y, sin embargo, cuando viene la realidad, resulta que suele ser todo lo contrario, sin que esto signifique que el matrimonio deba proscribirse.

Por eso, en vez de venirle al país con cantinelas de paz imposible (y vário de estilo), sería más propio de ánimos esforzados decirle:

«La República será movimiento, agitación, y, por consiguiente, lucha; pero lucha de vida, mil veces preferible á la quietud de muerte que hoy te dan.

Nos dividiremos, discutiremos, gritaremos; acaso la injuria caiga sobre alguno; quizás la injusticia hiera á otro; tal vez alguna sangre se derrame; pero todo será en beneficio tuyo,

Hoy sólo tú eres la víctima: te despojan, te aniquilan, te matan de hambre, pero la sangre no corre: el refinamiento del crimen.

A trueque de esta mentida paz de que disfrutas, la lumbré no se enciende en tu hogar, el fuego de tu pecho se extingue, la luz de tu inteligencia se apaga. No ves un cadáver herido en la lucha por el derecho, pero tropiezas con centenares que arroja á la fosa común la miseria.

La losa de la inmoralidad te aplasta, el fisco te devora, la ruina te cerca, y al paso que vas, pronto no te quedarán otras virtudes que las del esclavo: la humillación y la resignación.

Pues bien; nosotros, los republicanos, venimos á remediar esos males, á animar tu espíritu, á prestarte energía. ¿Qué importa que luchemos, si es por salvarte? ¿O es que prefieres al ímpetu de las aguas del torrente que pueden utilizarse en producir luz, fuerza y calor, el estancamiento de las de la laguna que sólo despiden miasmas de peste?

Pero aun suponiendo (lo cual es inadmisibile, porque los pueblos no mueren por luchar, sino por resignarse), que hubieras de perecer por esto, ¿qué es mejor? ¿Morir peleando á la luz del día por el triunfo de la justicia, ó en la oscuridad de la noche asfixiado por la inmoralidad?

De esta manera debería hablarse el Pueblo; no de esa otra que busca en condecoraciones y acomodos imposibles bienandanzas irrealizables.

1891.

Por si topa

Pedro Loperena, director de *El Ideal* de Gerona, está en la cárcel para ocho meses, por delito de imprenta.

Julio Piferrer escribe un hermoso artículo, pintando la impresión que recibió al dejarlo en el calabozo, y diciendo que viene á sustituirle en el cargo; añadiendo:

«Pero vengo á algo más: vengo á llamar con manos de bronce á las puertas de todos los buenos republicanos, vengo á gritar en todos los oídos, vengo á maldecir de todas las indiferencias.

Nuestro amigo perdió primero su cátedra, que era su medio de vida, por el triunfo de la causa del pueblo; perdió después su libertad; perdió además, él y los suyos, muchas otras cosas de esas que, con medios indirectos, sabe hacer perder la reacción; y hoy el luchador incansable no carece de lo más preciso, de aquello de que no carece el último de los reclusos en aquel negro edificio, porque hay una familia que sacrificará por el hermano, por el hijo, por el desventurado prisionero hasta el último de los recursos.

El partido republicano no debe consentir, sin duda no consentirá, que á ese combatiente le falte lo más preciso; no consentirá que nadie pueda disputarle el orgullo de salvarle de la situación económica durísima á que le reduce la pérdida de la libertad.

Yo soy el que os lo pide, porque él, pródigo siempre de sacrificios, en uno más, por duro que sea, no ha reparado todavía, y estoy seguro de que las privaciones á que se ha de ver reducido no le arrancarán ni una queja.

Yo soy el que os lo pide; yo, que tuve la visión, viéndole á él sentado en el banquillo de los acusados, de aquellos primeros días de la juventud, en que de labios de D. Francisco Loperena, de aquel santo anciano, padre de nuestro amigo, aprendíamos á amar la libertad de los pueblos, á luchar por ella, á perecer por ella si fuese preciso.

No, no puede ser que la sombra de aquel santo haya de tener motivos para arrepentirse de haber enseñado á sus hijos á luchar por la causa del pueblo, por la causa de todos los oprimidos, por la santa idea de la justicia.

Convertid en palacio aquella celda, republicanos; convertidla en palacio con el calor de vuestros afectos.

Perdóneme Julio Piferrer si no puedo testar de otro modo á su noble excitación, que diciéndole: «ahí van diez pesetas»; al par que le doy las gracias por haberme con su artículo sugerido esta idea: proponer á todos los periódicos republicanos abrir una suscripción para mantener decorosamente en la cárcel ó en el presidio á los periodistas necesitados de auxilio.

No todo ha de reducirse á reunir dinero para pagar viajes á propagandistas, alquilar locales para mítins, celebrar banquetes, preparar ovaciones, etc., etc.; y tiempo es ya de que, los que de todos se cuidan, piensen un poquito en ellos.

El asno de la fábula que conducía aceite constantemente, y se dió un golpe fiero por estar la cuadra en tinieblas, exclamó amargamente:

...¿No es cosa dura que tanto aceite acarree y tenga la cuadra oscura?

Lo mismo podemos decir nosotros los periodistas; pensamos en todo, menos en lo que personalmente nos interesa; coadyuvamos á todo, excepto á lo que redundar pudiera en provecho propio.

Y no digo más, hasta ver si la prensa republicana acoge la idea: probablemente no lo hará, por no faltar á la tradición; y en este caso, que reviente el que caiga; es la tradición también. Así aprenderemos á elegir mejor oficio cuando volvamos á este planeta.

Mas si yo me equivocare, y la prensa respondiese, ya se estudiaría la manera de organizar la suscripción y después repartir el producto. Siempre bajo esta base: que yo no habla de intervenir en lo último. Y esta decisión es irrevocable. Me voy volviendo muy egoísta, y no quiero, después de dar la idea, cargar con el trabajo.

¿Quedará mi proposición atascada en este artículo? ¿Habrá nacido muerta?

¡Triste cosa será, pero posible!

28 Noviembre de 1904.

Que se entienda bien

La *Justicia* me echa en cara que he ido suplicando á todos los hombres importantes del republicanismo que disolvieran sus fracciones y tomaran la iniciativa para realizar la fusión.

¡Y poquito orgulloso que estoy de ello! Si más hubiera habido, á más se lo habría suplicado, seguro de que así interpretaba el deseo de los republicanos.

Además, esto prueba que yo juzgo á los republicanos por sus hechos, y que no me niego ni me negaré nunca á ir á todas partes con todos, prescindiendo de las diferencias del ayer por las ventajas del hoy y las conveniencias del mañana.

¿Creí un día que el Sr. Salmeron podía haber allanado el camino? Pues á él me dirigí, como antes y después á otros.

¿Insultó al Pueblo el 11 de Febrero? Pues contesté á su provocación.

¿Puede mañana prestar algún servicio, y hay que olvidar su insolencia con el Pueblo? Pues la olvidaré.

¿Cuándo se convencerán todos de que precisamente por no tener ídolos, estoy siempre en condiciones de aplaudir ó censurar sin apasionamientos y sin obedecer á mandatos superiores! Compadezco á los que no pueden hacerlo por temor á incurrir en el desagrado de su jefe.

No soy de los que dicen de ningún republicano: «con ese me voy yo ni á coger monedas de cinco duros.» Yo voy á todas partes con todos los que trabajen por la venida de la República.

A lo que no me presto ni me prestaré nunca, es á servir de comparsa á ninguno, una vez convencido de que contraría ó dificulta la aspiración de la masa común.

Esta mi independencia cuesta mucho, ¡pero vale tanto!...

1897.

Teatralerías

Palabras del Sr. Salmerón:

«Desengáñense los que tienen siempre la revolución en los labios ó en los puntos de la pluma: yo la tengo en el corazón y suspiro por ella.»

La pluma de los puntos esos, es la mía; indudablemente. ¡Pobrecilla, y cuán mal le pagan lo mucho que se movió en favor de hombres eminentes, arrinconados como esos santos que existen en los desvanes de las iglesias, por creer los fieles que ya no sirven para perpetrar milagros!

¡Qué hemos de hacerle! ¡Esta es la vida! Mas no te apures, pluma mía, que aquí estoy yo para defenderte.

Y comienzo tu defensa, diciéndole al Sr. Salmerón, que cuando se ocupa un puesto tan elevado como el suyo, social y políticamente, y se blasona de hombre superior, no se debe hablar en el estilo que puede hacerlo el que, cual yo, ni presume de nada, ni trata de asombrar a las gentes con sus actitudes, sus gestos y sus palabras; que él está obligado, por ser quien es, a disimular las mortificaciones de amor propio, sobre todo con quien, de dos años acá, no le ha molestado en nada, sino que le ha defendido más allá de lo que su convicción le dictaba; y que si yo llevo la revolución en los puntos de la pluma, es porque no me he comprometido con nadie a realizarla de otro modo, aceptando para ello un cargo preeminente. Y añadiré más; si lo hubiese hecho, y después de intentarlo todo, como supongo que él lo habrá intentado, nada hubiera conseguido, no andaría con distinguos para declararlo, ni pediría aboliciones a nadie.

Tener la revolución en el corazón y suspirar por ella, es hermoso, idílico... A todo enamorado romántico le ha ocurrido lo propio con su amada. Apenas suspiró Werther por el idolo que llevaba en el corazón... Y, sin embargo, tuvo que pegarse un tiro sin llegar a la cópula carnal, es decir, a la revolución. Que es a lo que hay que llegar: a la cópula, la fecundadora, la que da vida... El amor platónico, por mucho que suspire, no conseguirá que nunca se diga: «Concebido ha sido un hombre.» El amor revolucionario, aunque suspire también mucho, no salvará un pueblo. Virilidad, esto es, cópula, acción...

Y todo lo que esto no sea, es farsa, desplante risible.

1905.

A los Republicanos

¿Estamos dispuestos a hacer propaganda para traer la República? Pues allá va una idea.

Convencidos de que el dinero juega un papel importantísimo en estos asuntos, lo primero que debemos hacer es reunirlos. ¿Cómo? Así.

¿Cuántos republicanos somos en España? Es difícil determinarlo a punto fijo, más nadie me tachará de exagerado si afirmo que *dos millones*.

¿No hay entre ellos *cincuenta mil* que puedan dar *una peseta* por semana? Pues apuntemos *cincuenta mil pesetas*, que al año ascienden a *dos millones seiscientos mil*.

¿No habrá cien mil que puedan dar *cincuenta céntimos*? Pues apuntemos otros *dos millones seiscientos mil*.

¿Podrá el resto, *un millón ochocientos cincuenta mil* individuos, dar *diez céntimos*, lo que equivale a *ciento ochenta y cinco mil pesetas* por semana? Pues apuntemos *nueve millones seiscientos veinte mil*.

Y ahora sumemos.

50.000 a peseta....	2.600.000
100.000 a 50 ctms...	2.600.000
1.850.000 a 10 ctms...	9.620.000

Total.... 14.820.000

¿Está exagerado el cálculo? Creo que no; pero pongamos la mitad de republicanos, *un millón*, y siempre nos resultarán *siete millones cuatrocientos diez pesetas* anualmente.

¿Parece mucho todavía? Pues reduzcámoslos a otra mitad, *quinientos mil* y obtendremos aún *tres millones seiscientos cinco mil*.

Y de esto sí que ya no rebajo más; porque si no llegáramos a ese número ni pudiéramos dar esa cantidad, ¿qué éramos ni qué valíamos?

¿Dificultades para la cobranza? Muchas, si no se realizaba con fe y perseverancia; pocas, en el caso contrario. En la revolución francesa, donde sobra todo eso, los republicanos corrían a alistarse a centenares, no para dar diez céntimos por semana, sino para perder la vida.

¿Gastos? Escasos; más pongamos la cuarta parte de la recaudación. Me parece que no escatimo.

¿Encargados de la cobranza? Los comités municipales, que se entenderían con los provinciales, y éstos con el que aquí se formara.

¿Quiénes formarían este comité? Individuos caracterizados, elegidos por los provinciales, con facultades omnímodas para emplear el dinero en todo lo que pudiera contribuir al objeto deseado.

¿Se cree practicable la idea? Dé cada colega su opinión respecto al procedimiento, y a realizarla una vez conformes.

¿Se cree impracticable? Pues continuemos como hasta aquí, confiando en que la trinidad republicana, Pl, Salmerón y Zorrilla, con la ayuda y la protección de Santa Rita, abogada de imposibles, nos traiga la República... dentro de noventa ó cien años.

17 Julio 1892.

De par en par

No quiero entrar en el siglo nuevo sin saltarles a mis correligionarios unas cuantas verdades que se me van apostemandando.

Los que se admiran de las cosas que he dicho, más se admirarían si supieran las que he callado. A tener dos ó tres años de reposo en mi vida (que no los tendré), recopilaría en un tomo lo que más me gusta de lo que he publicado, con este título: *Cosas que he dicho*; y se creería que había dicho algo. Mas al publicar luego otro titulado: *Cosas que he callado*, se vería que no *había dicho nada*. ¡Tanto me he modirido la lengua y he refrenado la pluma, yo, que paso plaza de haberlas dejado siempre en completa libertad!

No estoy arrepentido de nada de cuanto he escrito en contra de la conducta de

nuestros jefes, ni borro una línea. Si le acertado en mis juicios, por eso; y si me he equivocado, por lo mismo. Mis equivocaciones, que las canten los ciegos de allá.

De lo único que me arrepiento es de haberme empeñado, una vez convencido de que era imposible, en hacer confesar a los republicanos que los jefes no han hecho lo que debían y podían para impedir el triunfo de las ideas reaccionarias, ya luchando a toda hora y con potentes energías en el Parlamento, ya levantando la opinión en la prensa, ya organizando el partido de tal modo, que hubiera sido constantemente para la monarquía un temor y a la larga un gran peligro. No he podido llevar a mis correligionarios ese convencimiento... Digo mal; al convencimiento sí; a lo que no he podido arrastrarlos es a poner sus acciones en armonía con él.

No he hablado desde hace años con un republicano que no haya estado conforme conmigo en cuanto al juicio que los jefes me merecían; mas he encontrado pocos que, al pedirle el concurso de su palabra ó de su pluma para combatir lo que conmigo condenaban, me lo prestaran noblemente y a todo riesgo. Han preferido seguir mujerilmente la propaganda del chisme contra los jefes, á atacarlos cara á cara, y por esto mi labor ha tenido que ser forzosamente de desquiciamiento.

Pero, en fin, el palacio de las jefaturas está demolido, si bien los escombros obstuirán durante algún tiempo el solar. Y como mientras no lo limpiemos, nada podremos hacer...

¡A limpiarlo, correligionarios, a limpiarlo!

1900.

Los comités

Tal como están hoy constituidos, influyen poderosamente en el desquiciamiento del partido republicano.

Fomentan y mantienen la división.

Desarrollan ambiciones de campanario y las satisfacen.

Permiten a los hábiles alzarse sobre el mérito.

Se prestan a halagar sueños de predominio para lo porvenir, pues no falta quien crea que con arreglo al cargo popular que tenga cuando la República se implante, será el oficial que se le conceda.

Si la voluntad y los esfuerzos de todas clases que se emplean para alcanzar un puesto en un Comité, se aplicaran á robustecer al partido y á dignificarlo apartándole de todo lo bullanguero estéril, otro gallo nos cantara.

Mas no haya cuidado. Seguiremos organizados en Comités de fracción, incubando y manteniendo caciquillos de menor cuantía.

¿Que cómo, para la acción, podríamos entendernos sin Comités? Así:

En cada provincia hay, por lo menos,

dos ó tres hombres que ejercen influencia ó tienen autoridad, bien por su talento, bien por su historia, bien por su posición. Con dirigirse á ellos, cuestión resuelta. Sin perjuicio de hacerlo también á cuantos pudiesen contribuir á la realización del objeto que se persiguiera.

Y mejor (ya lo he dicho), se siguen las inspiraciones ó se acatan las órdenes de un hombre sólo, que las de unos cuantos, elegidos muchas veces para los cargos que ocupan por artes de intriga, engaño ó escamoteo. Porque me río yo de los chanchullos de los monárquicos en las elecciones, comparados con los que perpetran algunos republicanos para obtener el empleo de Vocal en un Comité.

¿Quieren reunirse los republicanos de una población para cambiar impresiones? Que se reúnan en un Casino, donde caben, no los de una tendencia determinada, sino los de todas.

Esto contribuiría más á la reorganización verdad, que el ver en la prensa á diario estos anuncios:

COMITE DE HORMIGAS ROJAS

Presidente honorario.—Don Farol Apagado.

Idem efectivo.—Don Pavo Real.

Secretario.—Don Bulle Bulle Cucaina.

Vocales

Aquí todos los apreciables patronimos que actúan de comparsas.

Por lo general, una vez constituido el organismo, toman sus miembros una porción de acuerdos trascendentales:

Dar una velada en que se pronuncie un discurso con el imprescindible saludo á las bellas señoras que concurren, en que se lean poesías y en que se refresquen las fauces. Preparar el banquete del 11 de Febrero. Dar cuenta al Directorio de que se han constituido y están dispuestos á sacrificarse por la República. Lo que se les olvida casi siempre es suscribirse á un periódico del partido.

¿Y vamos á continuar así? Si aspiramos á hacer algo, no debe ser.

Y de crear Comités, que sea exclusivamente para preparar la acción, no para satisfacer vanidades. Y deberían nombrarse en secreto, para que pudiesen obrar los elegidos con desembarazo y eficacia.

Organización revolucionaria verdad, no de apariencia.

1902.

Proposición fracasada

El 17 de Julio de 1892, en vista de que no teníamos dinero para hacer la propaganda republicana en la forma que las circunstancias exigieran, propuse que contribuyéramos los republicanos con una cantidad semanal para un fondo común.

Suponiendo que no fuésemos en España mas que 500.000 contribuyentes, echaba esta cuenta:

	Pesetas.
12.500 á peseta.....	12.500.
25.000 á 50 céntimos..	12.500.
462.500 á 10 céntimos..	46.250.
Total cada semana..	71.250.
Que multiplicado por 52 semanas, importaba al año.....	3.705.000.

Desde que lo propuse acá, han transcurrido siete años, en los cuales podían haberse reunido unos 26.000.000 de pesetas.

Rebájese la mitad. ¿Parece poco aún? Las tres cuartas partes. Y siempre resultará que podíamos tener hoy siete millones de pesetas.

Y con esa cantidad...

Pero la idea no tuvo eco; únicamente dos ó tres periódicos de provincias se fijaron en ella. Los demás creyeron sin duda que la República iba á venir al día siguiente, vestidita y peinadita, para que no dignásemos hacerle el amor.

Como no ha sido así, hoy, al cabo de siete años, nos encontramos sin República, sin dinero, sin esperanzas casi; y habiendo gastado en banquetes, en elecciones, en cartas y telegramas de adhesión, en viajes de propaganda, en celebrar asambleas, en constituir comités, y en otros actos perfectamente inútiles, una cantidad mucho mayor, es decir, que hemos gastado la pólvora en salvas.

Es verdad que en cambio estamos más desunidos que nunca, con las ideas más embrolladas, con los odios más irreductibles, y próximos á caer por cansancio en la sima de la indiferencia.

Y menos mal si al caer nos queda todavía aliento para exclamar con voz débil y entrecortada: ¡Vi... va... Pi... ¡Vi... va... Sal... me... rón!..., porque entonces la caída nos será menos dolorosa.

1899.

Dos ideas

La primera que surgió en mi cerebro para hacerme simpático á mis correligionarios, á fin de ver si reuníamos fondos para intentar algo, fué la de proponer la celebración de un gran banquete. ¿Con qué pretexto? Si no se me ocurría otro más justificado, el de la venida del Espíritu Santo á la Tierra hace por ahora veinte siglos...

Acogi alborozado la idea. ¿Cuál mejor para que convergiesen hacia mí las voluntades de todos? ¡Banquetear! ¿Hay verbo más grato á oídos republicanos?

Saludarse ante unas rajadas de salchichón, cambiar impresiones ante una sopa humeante, sentir ardores bélicos al cortar el ensangrentado bistek, derrochar toneladas de valor al trinchar un hijo de gallina, y al empuñar la copa de Champagne, si lo hubiere, ó en su defecto el terrible peleón, anunciar como de costumbre la inevitable y segura caída de la monarquía en plazo breve, ¿puede haber nada más seductor para un republicano al uso?

Todo esto me dije, y ya iba á proponer lo del banquete, cuando súbito brotó en mi supradicho cerebro otra idea que no le iba en zaga á la primera, dadas las aficiones que distinguen hoy á los que comulgamos en democracia y república, y fué la de abrir una suscripción para vaciar una placa del Sagrado Corazón de Jesús, más artística que la de los jesuitas, é introduciendo en ella una importantísima innovación: colocar un gorro frigio sobre la sagrada viscera.

¿Qué tal la idea? Creo que para reunir dinero no podría habérseme ocurrido ninguna mejor.

A vaciarla, pues, en la seguridad de que alcanzará en los republicanos una venta fabulosa; la mayoría, por el buen parecer, dirá que la adquiere por lo del gorro; nos haremos los distraídos y aparentaremos creerlo. ¿A qué profundizar en las intenciones?

El caso es que se venda; y que se venderá es indudable, sobre todo anunciando, como aquí lo hago, que no se destinará su importe á comprar fusiles ni municiones como los levantiscos quisieran, sino á edificar un convento bajo la advocación de San Cornelio, patrón en lo político de los pacientes republicanos sin cargo de elección popular.

Había pensado lanzar en este número la idea del banquete y en el próximo la de la placa, ¿mas para qué este intervalo? Andamos hace tiempo tan ayunos de alegrías, que no nos vendrá mal recibir dos de una vez. Esto aparte de que una idea completa la otra.

¿De qué se compone el hombre, aun siendo republicano? De cuerpo y de alma. Pues el banquete fortalece al primero y la placa conforta á la segunda. Y una vez ella confortada y y él fortalecido ¿quién resistirá nuestro empuje al echarnos á la calle para traer la República, llevando colocada la placa sobre el corazón, el tenedor empuñado valerosamente en la siniestra mano y esgrimiendo un mondadientes con la diestra?

Y como la predicación vale poco sin el ejemplo, á lo práctico, pues:

Cuota mía para el banquete. 7'50

Suscripción para la placa... 25

Y así se piensa, así se escribe, y así se obra.

¡Y viva la República!

1900.

Almanaque del carlismo

para los años 1913 á 1999.

POR "EL MOTIN"

Dedicado al obispo de Barcelona

DON JUAN LAGUARDA

ILUSTRADO CON 18 GRABADOS

Precio: UNA peseta.

¡LIBERTAD Y A ELLOS!

POR JOSÉ NAKENS
DOS PESETAS

Imp. de Domingo Blanco, Libertad, 51.—Ma. cat.